

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

SONATA DE AMOR Y DE MUERTE



COLECCION ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. — *El ídolo que vive* - Curtís Garland.

2. — *El aliento del Kiai* - Lou Carrigan.

3. — *Orquídea escarlata* - Clark Carrados.

4. — *Aquel que dominó el mundo* - Curtís Garland.

5. — *¡Yo quiero «money»!* - Ralph Barby.

CLARK CARRADOS

SONATA DE AMOR

Y DE MUERTE

Colección ¡KIAI! n.º 66

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-U2-IM952-4
Depósito legal: B. 1.251 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: marzo, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la

SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

Las últimas notas de la melodía interpretada por el pianista se alejaron lentamente, hasta desaparecer del todo. En la sala, el público, puesto en pie, aplaudía frenéticamente.

George Washington *Budd* Baxter presenciaba la escena desde su diván, cómodamente situado en su propia casa. Era preciso convenir que la pieza interpretada poseía un gran atractivo para los melómanos, y el artista había sabido ejecutarla con gran maestría.

Mientras el público continuaba todavía aplaudiendo, el locutor, crítico musical, también, de la emisora, dijo:

—Señoras y señores, interpretada por el gran Sacha Rokaroff, han escuchado ustedes la sinfonía en *mi bemol, Opus 31,* de Wlad Brokowski, llamada también, popularmente, *Sinfonía de amor y muerte,* debido a las trágicas circunstancias que concurrieron durante su composición y que, como muchos de ustedes recordarán, produjeron el asesinato de la esposa de Brokowski a manos de una persona o personas desconocidas, según se dictaminó más tarde oficialmente por la policía, ya que el asesino no ha podido ser hallado todavía. Después del terrible suceso que alteró tan espantosamente su vida, el maestro se retiró a un lugar que, si no es desconocido, resulta inaccesible para los periodistas, y desde entonces no ha vuelto a componer siquiera una melodía ligera...

Baxter recordaba vagamente el suceso, acaecido algunos años antes. Sí, en la vida de Brokowski se había producido la tragedia. Brokowski había alcanzado, relativamente pronto, la cúspide de la fama; era hombre solicitadísimo en todos los círculos musicales y su nombre sonaba por todas partes. Estaba casado Con una mujer hermosísima, que le adoraba... y, de repente, había surgido el drama que había torcido tan trágicamente el rumbo de su existencia. Baxter se dijo que tal vez resultaría interesante conocer más detalles de un suceso que había alcanzado una gran resonancia, años atrás.

Pero ya era tarde y sentía sueño. Apagó el televisor y se fue a la cama.

* * *

Por la mañana, mientras su criado Tim Koye le servía el desayuno, leyó el periódico con la reseña de la velada musical celebrada la víspera. El crítico ampliaba detalles del horrible suceso en que se había visto envuelto el matrimonio Brokowski. Alguien había irrumpido súbitamente en la residencia del matrimonio, con ánimo de robar. Helga Brokowski, asustada, había gritado en demanda de socorro. El ladrón tenía un revólver y disparó contra la esposa del compositor. Brokowski, al ver caer a su mujer al suelo, se había abalanzado contra el sujeto, pero éste había vuelto a hacer fuego, alcanzándolo en la cabeza.

La bala, sin embargo, no produjo efectos mortales, ya que solamente

rozó la sien izquierda de Brokowski. Pero el pianista, al caer, chocó contra el saliente de una consola baja. El golpe, muy fuerte, produjo fisura del hueso temporal y afectó al nervio óptico, causándole la pérdida de la visión.

Días más tarde, cuando Brokowski se sintió en condiciones de hablar, declaró que posiblemente eran más de uno los ladrones, aunque él sólo había visto al que les atacó. Seguramente, el compinche debía de haberse dirigido directamente a las habitaciones del piso superior, de las que no llegó a tocar nada, porque antes se produjeron los disparos y, asustado, huyó sin tocar ningún objeto.

Después, Brokowski, curado, pero ciego, se había retirado lejos de la ciudad en donde se había producido la desgracia. Y, a partir de aquel momento, no había vuelto a ser visto por nadie ni tampoco se tenían noticias de que hubiese vuelto a escribir una sola nota en el pentagrama.

—Una gran desgracia, señor —comentó Koye, mientras vertía el café en la taza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Baxter.

—También yo estuve escuchando anoche el concierto, señor.

—Y te enteraste de las particularidades del caso.

—En efecto, señor. Esta mañana, para adquirir una superior información, leí el periódico... Realmente, Brokowski es digno de toda compasión.

—Sí —convino Baxter, pensativamente—. Lo tenía todo: fama, riqueza, juventud, porque aún no ha cumplido los cuarenta años, una esposa hermosísima...

—Y, de repente, la acción irresponsable de unos desalmados vino a truncar su felicidad. Una verdadera lástima, señor.

De pronto, Baxter se dio cuenta de que su criado le miraba de un modo singular.

—¡Tim, no estarás pensando en que yo voy a intervenir en este asunto! —exclamó.

Koye sonreía maliciosamente.

—Podría suceder —contestó.

—A estas alturas, ya no tendría objeto. Aunque encontrase al asesino de Helga Brokowski, ya no podría volverla a la vida ni a él devolverle la vista. Y ya ha pasado demasiado tiempo para iniciar una acción de esta clase. A Brokowski, estimo, no debe de interesarle en absoluto que detengan al forajido.

—Pero recibiría su merecido...

Baxter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, de nada serviría ya —respondió concluyentemente, dando por finalizada la discusión.

Inesperadamente, sonó el teléfono. Koye lo levantó, escuchó unos momentos y luego se lo pasó al joven.

—Para usted, señor.

Baxter dijo su nombre. Una voz femenina resonó de inmediato en sus oídos:

—*¿Budá?* ¿Ya no me recuerdas? Soy Erin Caldwell, del *Sunday*. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos, pillastre?

—¡Erin, qué alegría! —exclamó Baxter, sinceramente—. La verdad es que no sabía nada de tu vida, excepto lo que se publica en las páginas impresas. Pero por qué no me cuentas más cosas...

—Te contaré muchas cosas, con una condición.

—¿De qué se trata, preciosa?

—Ven a cenar conmigo esta noche. A menos que no tengas ya un compromiso, claro.

—Ninguno, querida. Acepto la invitación con gran placer. ¿A las seis y media?

—A las siete, mejor.

—Entonces, a las siete.

Baxter devolvió el teléfono a Koye.

—Simpática Erin —murmuró—. Y muy guapa también.

—El señor se refiere, sin duda, a la periodista —dijo el criado.

—Sí, Tim.

—Es una mujer realmente notable. Se ha hecho famosa por sus entrevistas a grandes personajes; sobre todo, a algunos realmente inaccesibles.

—Lo sé, pero también su invitación me huele...

Baxter se interrumpió. Koye le contemplaba con gran interés.

—Sospecho que la llamada de Erin encierra un doble sentido —añadió el joven—. Hemos pasado casi tres años sin vernos y ahora, de repente, se acuerda de mí. ¿Qué opinas, Tim?

—Señor, las mujeres hermosas no tienen espalda, según dice el refrán, pero tampoco necesitan de pretextos para invitar a cenar a alguien que les agrada —contestó Koye, sentenciosamente.

—¡Hum! —dudó Baxter—. No me fío, no me fío...

Pero no por ello dejaría de acudir a la llamada de una mujer, hermosa y emprendedora. Aquella llamada había picado su curiosidad y quería satisfacerla.

* * *

Cuando tocó el timbre de la puerta con la mano derecha, ya que en la izquierda sostenía un monumental ramo de flores, creyó oír, ciertos ruidos al otro lado de la madera. Esperó unos segundos y, viendo que nadie abría, volvió a repetir la llamada.

La puerta se abrió bruscamente. Un tipo alto, membrudo, mal encarado, dijo de mal talante:

—¡Váyase, la señorita Caldwell no puede recibirle!

El sujeto cerró la puerta, pero Baxter, velozmente, adelantó el pie derecho, evitando quedarse de nuevo en el pasillo. Entonces, la puerta volvió a girar de nuevo hacia adentro, ahora con relativa lentitud.

—¡Ah!; el petimetre no ha sabido escuchar, sin duda —dijo el sujeto, a la vez que sonreía torvamente—. Bien, en tal caso, se lo voy a repetir de otro modo...

Levantó la mano derecha, pero antes de que pudiera descargar su golpe, Baxter le plantificó el ramo de flores en la cara. El individuo farfulló algo ininteligible. Baxter alzó el pie derecho y dirigió un seco golpe a la entrepierna. El nombre cayó al suelo, con ambas manos en el lugar donde había sido golpeado, revolcándose como un poseso.

Baxter pasó por encima de él, pisándole con el tacón en el cuello. Entonces vio a Erin, sentada en un diván, casi completamente desnuda. Junto a ella había otro individuo de tan mala catadura como el primero, sujetando una navaja que apoyaba en la garganta de la periodista.

—¡Váyase! —ordenó el sujeto—. Váyase o la degüello.

Erin parecía muy asustada.

—Haz lo que te dicen, *Budd,* por favor... —suplicó.

Baxter meditó unos instantes. De pronto, reparó en el caído, que jadeaba penosamente, falto de fuerzas para reaccionar.

Inclinándose sobre él, buscó en sus bolsillos. No tardó mucho en encontrar otra navaja análoga, cuyo resorte presionó con el pulgar, para que saliera la hoja con metálico chasquido.

La punta de la navaja se apoyó en el cuello del caído.

—Estamos iguales —dijo Baxter—, Si tocas a la señora, tu compinche la seguirá inmediatamente al otro barrio.

El sujeto que estaba en el suelo lanzó un chillido de pánico.

—¡Por todos los diablos, Heck! ¡Suéltala, no dejes que este fulano me rebane el gaznate...!

Hubo un momento de vacilación. Al fin, la otra navaja fue a parar a un rincón de la sala. Erin aprovechó para escapar a la carrera.

Baxter se incorporó. El caído se levantó y Baxter lo empujó violentamente hacia la puerta, que cerró a continuación.

Luego movió el dedo índice significativamente.

—Anda, ven —invitó.

El hampón sonrió complacido.

—Con mucho gusto —accedió.

CAPITULO II

Al igual que su compinche expulsado, era un sujeto que medía casi un metro noventa y pesaba noventa kilos. Baxter apreció que era de la ciase de tipos que se contrataban para amedrentar a la gente, aunque no comprendía qué relación podía tener su presencia en casa de la periodista. Pero el hombre se le echaba encima y decidió que sería conveniente darle una buena lección.

Repentinamente, sin saber cómo, el matón se encontró volando por los aires. Cayó de espaldas y quedó medio aturdido durante unos instantes, lo justo para que Baxter se situase frente a él y le golpeara duramente con la rodilla en la boca.

Se oyó un rugido. El hampón alargó ambas manos desesperadamente para agarrar la pierna que le había golpeado, pero el filo de una mano, que descendió fulgurantemente, le golpeó en ambas muñecas, sucesivamente y con enorme rapidez, dejándole ambos brazos entumecidos.

El hampón ignoraba que se encontraba ante un hombre que era maestro en las *Artes Marciales.* Torpemente, se puso en pie, sólo para recibir de nuevo el impacto de aquellos dos filos, simultáneamente y en los costados, justo al nivel de las últimas costillas.

Una boca se abrió, emitiendo penosos jadeos, en busca de aire. Los filos de las manos de Baxter actuaron de nuevo, ahora dirigidos al cuello y bajo las orejas. Fueron unos *toques* suaves; de haber empleado toda la potencia de su musculatura, podría haberle fracturado las vértebras cervicales.

Y Baxter no era un asesino. Simplemente, empleaba su habilidad en las *Artes Marciales* para defenderse.

El hampón cayó de rodillas, completamente desmoralizado.

—Basta, basta... —gimió, dándose cuenta de su derrota absoluta—. No me pegue más... Baxter se inclinó hacia él.

—Pero ¿qué diablos hacías aquí, con tu compinche? —preguntó, intrigado.

—Nos lo ordenó...

—¿Quién?

—Seth Mulween...

Por encima del hombro, Baxter hizo una pregunta:

—Erin, ¿has publicado, en el *Sunday,* alguna información enojosa para este prójimo?

—No, en absoluto; ni siquiera lo conozco. Es la primera vez que oigo su nombre —respondió la aludida.

—Entonces —Baxter se inclinó nuevamente sobre el matón—, ¿por qué habéis venido a esta casa?

—Seth nos ordenó que le dijéramos se olvidase de su reportaje...

—¿Qué reportaje?

—Uno sobre un pianista, no sé más.

—Y entraron aquí como unos energúmenos y empezaron a darme de

golpes y me rasgaron la ropa... —exclamó Erin, indignadamente.

—¿Quieres que llame a la policía? —consultó Baxter.

—No, déjalo que se vaya. Total, mañana estaría ya en la calle —respondió la joven con acento desdeñoso.

Baxter extendió el brazo.

—; Largo!

El sujeto no se hizo repetir la orden y desapareció en una ignominiosa retirada. Luego, Baxter aseguró la puerta y regresó al rincón en que se había refugiado la periodista, detrás de la barra de su bar doméstico.

Erin sonrió. Era una joven muy atractiva, pelirroja, de ojos verdes y sonrisa fácil. Resultaba indudable que se había ataviado para recibirle, pero el inesperado asalto había destruido casi por completo su elegante indumentaria. Ahora estaba desnuda de la cintura para arriba, pero el mostrar sus hermosos senos no parecía conturbarla en absoluto.

—Lo que estoy viendo es mucho más atractivo que las caras de esos dos matones —dijo Baxter.

Erin le entregó un vaso alto.

—Por mi salvador —dijo, al levantar el suyo.

—Tu salvador quiere que le expliques los motivos de la llamada —manifestó él—. Después de casi tres años de no vernos, una invitación como la que has hecho no puede por menos de resultar sospechosa.

Erin sonrió maliciosamente.

—Había preparado una cena a base de fiambres, o sea que no se enfriará la sopa —dijo—. ¿Cuándo prefieres las explicaciones? ¿Antes o después?

Baxter volvió a recorrer con la vista los innegables encantos de la pelirroja.

—Esto es una especie de soborno —murmuró.

—Sí —admitió Erin. Salió del bar, se acercó a Baxter y le echó los brazos al cuello—. Es un soborno... pero ¿por qué no hablamos del caso más tarde?

Baxter suspiró.

—Ahora, en efecto, no hace falta hablar. —Alzó en brazos a la joven y abandonó la sala.

* * *

Erin se sentó en la cama, encendió dos cigarrillos y pasó uno a su invitado.

—Tú eres buen amigo de mi director —dijo.

—¿Te refieres a Ben Ephstone?

—Claro, no hay otro. ¿Eres amigo o no?

—Bien, supongo que Ephstone debe de contar con amistades más sólidas que la mía, pero creo que me concedería algún favor si se lo pidiese.

¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero hacer un reportaje y él se niega a encomendármelo, alegando que sería una absurda pérdida de tiempo y dinero. Yo opino que el tiempo y el dinero que se pudieran perder en conseguir la información, redundarían más adelante en un aumento de la tirada del *Sunday,* pero él no quiere dar su brazo a torcer, ni aun habiéndole dicho que yo me pagaré los gastos que se deban realizar. En caso de que fracase, la pérdida sería mía, naturalmente.

—Ese reportaje debe de tener un gran interés para el público. O no mostrarías tanto empeño en realizarlo... ni alguien llamado Seth Mulween habría enviado a dos matones para obligarte a desistir de tu idea.

—Así es, y también es algo que me preocupa sobremanera. —Erin frunció el ceño—. ¿Cómo pudo enterarse Mulween de mis propósitos, si es algo que sólo ha sido discutido entre Ephstone y yo?

—¿No se lo has dicho a ninguna otra persona? —preguntó Baxter.

—No.

—Resulta extraño, en efecto, aunque bien cabe suponer que tu director lo haya comentado, después, con otra persona.

—Pudiera ser —admitió ella.

—Eso es algo que se puede averiguar más adelante. Pero todavía no me has dicho a quién quieres hacer el reportaje.

—A Wlad Brokowski.

* * *

Baxter se sentó lentamente en la cama y miró a la hermosa joven que tenía al lado.

—Has dicho Brokowski.

—Exactamente, el gran compositor que se refugió en un lugar poco menos que desierto, después de la tragedia que destruyó su vida.

—¿Resulta muy interesante para ti conseguir la entrevista?

—Bien, Brokowski, como sabrás, abandonó toda relación y se refugió en ese lugar solitario después de haber sido dado de alta del hospital. Era un hombre todavía joven, que aún no había cumplido los cuarenta años y del que se esperaban grandes cosas en el campo de la música sinfónica. Su voluntario enclaustramiento resulta incomprensible...

—Su esposa murió y él quedó ciego. La actitud que ha tornado no es corriente, pero sí explicable —adujo Baxter.

—Espera, hombre —pidió Erin—. He podido enterarme de un detalle que confiere aún mayor interés a la entrevista.

—¿Sí?

—Si estás enterado del asunto, sabrás que el presunto ladrón disparó contra la señora Brokowski, primero, y luego contra su esposo. Pero éste declaró más tarde que había oído ciertos ruidos en el piso superior, lo que le hizo suponer la existencia de un segundo cómplice.

—Lo recuerdo —contestó Baxter—. Pero es cosa ya sabida...

—En cambio, lo que no se ha dicho hasta ahora es que Helga Brokowski debía estar fuera de su casa, exactamente en vuelo a San Francisco.

—Quizá suspendió el viaje, Erin.

—No lo suspendió. Helga voló aquel mismo día a San Francisco. Si salió del aeropuerto Kennedy a las seis de la tarde, no podía estar en su casa a las nueve de la noche, hora en que se cometió el crimen.

Baxter se quedó parado,

—A pesar de todo... insisto en que ella pudo suspender su viaje.

—Llegó a San Francisco, *Budd.*

—¿Lo has comprobado?

—Sí, pero su rastro se pierde después del aterrizaje del avión.

—Oye, si lo qué dices es cierto, resultaría, en tal caso, que la mujer que murió no era Helga Brokowrki. Pero la policía identificó su cadáver sin lugar a dudas

—La policía dijo que el cadáver de la mujer hallada en el salón de la residencia del matrimonio era el de la esposa. Su marido no la identificó. Estaba inconsciente en el hospital, y su estado de inconsciencia duró nada menos que doce días. Cuando recobró el conocimiento, Helga había sido ya enterrada... exactamente, su cadáver fue incinerado, de acuerdo con las disposiciones testamentarias que el matrimonio había tomado tiempo atrás.

—Caramba! —exclamó Baxter—. Esto parece un caso interesante.

—Interesantísimo, porque, hasta ahora, nadie se había ocupado de averiguar los detalles del viaje de Helga a San Francisco.

—¡Un momento! —exclamó Baxter—. Los policías que acudieron después del suceso, y aun el forense que hizo la autopsia, podían no reconocer a Helga y darían por sentado que la mujer muerta era la esposa de Brokowski. Pero éstos tenían numerosísimas amistades y algún íntimo del matrimonio tuvo que ver la muerta. De haberse tratado de una superchería, lo habrían visto en el acto, ¿no crees?

—¿Ah, sí? *Budd,* ¿cómo queda la cara de una persona, después de que recibe un disparo de un *Colt 38 Magnum* desde un palmo de distancia?

—Irreconocible, claro.

—He hecho averiguaciones por mi cuenta, como digo; y los más íntimos que vieron el cadáver, sólo contemplaron el cuerpo, no vieron la cara, porque la tenía destrozada y abrasada por el disparo. Los testigos pudieron ver unos brazos de mujer, con anillos y pulseras que sabían que pertenecían a Helga. Esa fue toda la identificación que se hizo del cadáver.

—Lo cual significa que, al hallar una mujer muerta junto al compositor herido y desvanecido, todo el mundo dio por sentado que se trataba de su esposa.

—Exactamente —confirmó Erin, con aire triunfal.

Baxter se acarició el mentón.

—Y tú quieres que yo influya en Ephstone para que le permita hacer el reportaje.

—Si *Budd.* Consíguelo y mi agradecimiento será eterno, aparte de que ya he hecho un pago por anticipado —dijo Erin, maliciosamente.

—De todos modos —dijo él—, hay algo que me intriga notablemente y que también me gustaría aclarar. ¿Quién puede estar interesado en que no hagas ese reportaje?

Erin alzó sus bellos hombros.

—No lo sé... pero es seguro que en aquel terrible suceso hay un misterio que no ha sido aclarado todavía. ¿Quieres que te sea sincera?

—Te lo ruego.

—Helga está viva. Otra mujer murió en su puesto.

Sobrevino un corto intervalo de silencio.

—Tal vez fue Helga la que murió realmente y otra mujer viajó con su pasaje a San Francisco— apuntó Baxter al cabo.

—No. Ella viajó a San Francisco. Otra murió en su lugar —insistió la periodista.

—Está bien, mañana veré a tu jefe y trataré de conseguir su benevolencia. Pero si tanto interés tienes en realizar la información, ¿por qué no lo haces de forma independiente y la vendes luego a otro periódico?

Erin suspiró.

—Me ata un contrato —respondió—. Tengo plena libertad para entrevistar a quien sea, pero todas mis entrevistas han de ser publicadas inexorablemente en el *Sunday,* que luego vende los derechos a otras publicaciones. Naturalmente, percibo el porcentaje de esos derechos... pero si quisiera hacer el reportaje independientemente, tendría que esperar todavía más de dos años.

—Si tienes libertad para elegir a tus personajes, Ephstone no puede vetarte el reportaje —alegó Baxter.

—Hay un acuerdo tácito entre ambos, y siempre lo hemos respetado. En ocasiones, él me ha propuesto entrevistar a tal o cual personaje y yo he alegado la falta de interés del reportaje. Ephstone ha comprendido mis razones y no ha insistido. Ahora, por lo tanto, yo debo hacer lo mismo...

—Pero quieres que intervenga, para conseguir su permiso por un ataque de flanco.

—Es una expresión sumamente acertada —dijo Erin con ojos muy brillantes.

Baxter miró a la hermosa pelirroja. De pronto, pasó una mano por su cintura y la atrajo hacia sí.

—Continúa el soborno, por favor —pidió.

—Toma lo que gustes —suspiró la periodista, a la vez que le ofrecía los labios.

CAPITULO III

—Es una tontería, *Budd* —dijo Ben Ephstone al día siguiente, repantigado en el sillón de su lujoso despacho—. Brokowski no querrá recibirla siquiera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Baxter.

—Ha rechazado, siempre, a todos los periodistas, alguno de ellos con una fama infinitamente superior a la de Erin. Esos periodistas rechazados han entrevistado a jefes de Estado que se suponía inaccesibles... y en el caso de Brokowski han fracasado estrepitosamente. Por lo tanto, me niego a que Erin pierda el tiempo y el dinero intentando la entrevista.

—Ella dice que gastará su dinero y no pasará cuenta de gastos si fracasa.

—Pero empleará un tiempo que pertenece al periódico —refunfuñó Ephstone.

—Vamos, vamos, Ben —dijo Baxter, con acento persuasivo—. Trata de comprender a la chica. Es un caso interesantísimo...

Ephstone emitió un gruñido.

—Erin es el demonio en persona. Consigue todo lo que se propone —rezongó enojado—. Está bien, dile que empiece cuando guste.

—Gracias, eres un buen amigo. ¿Un cigarrillo?

Baxter sacó su pitillera, pero hizo un gesto torpe y se le cavó al suelo. En realidad, era una acción deliberada. Simplemente quería corroborar las sospechas concebidas después de su conversación con Erin.

Sí, allí estaba el aparatito, un *chivato* diminuto, de tamaño menor que medio paquete de cigarrillos y situado en el interior de la tapa de la mesa junto a la cual se hallaba. Pero no cometió la imprudencia de quitarlo de su sitio.

—Dispensa la torpeza, Ben —se disculpó al enderezarse.

—Supongo que no tendrás las manos tan torpes con las mujeres —rió el director del *Sunday.*

—Desde luego, no se me cae ninguna al suelo —contestó Baxter, en el mismo tono jocoso.

Se había puesto en pie y alargó la mano hacia el bloc de notas que Ephstone tenía constantemente a su lado. Con el índice izquierdo hizo la señal de silencio. Agarró una pluma y escribió:

«TEN CUIDADO. BAJO LA MESA TIENES UN *CHIVATO.* PROCURA AVERIGUAR QUIEN TE LO HA PUESTO.»

Arrancó la hoja y se la entregó a Ephstone.

—Esa es otra dirección donde podrás encontrarme si me necesitas —se despidió.

Desde la puerta, cambió una mirada con el director. Ephstone movió la

cabeza.

—Descuida. *Budd.*

* * *

Aquella misma tarde, Baxter acudió a un lugar en donde sabía podía conseguir los informes que deseaba.

En el mostrador había media docena de personas de ambos sexos, ellas en espera de encontrar un *cliente.* Ninguna de aquellas personas era la que buscaba.

Eligió una mesa y se sentó. Una camarera de buen aspecto se acercó casi en el acto.

—¿Qué desea?

—Café y whisky doble, por separado.

Las cejas de la camarera se arquearon.

—Siempre lo sirvo por separado —contestó.

Baxter contempló la blusa transparente que llevaba la mujer.

—Un panorama muy interesante —observó.

—Tiene propietario —respondió ella, mientras giraba en redondo, moviendo ostentosamente sus amplias caderas.

Momentos después, volvía a la mesa. Baxter puso dos billetes de cinco dólares.

—Pero el propietario del panorama es un hombre muy generoso y no le importa compartirlo con otros —dijo la camarera.

—¿Cómo te llamas?

—Jean, aunque todos me llaman *La Suave,* no sé por qué. Soy como una gata cuando me provocan, ¿comprendes?

—Será por el contraste —rió Baxter—. El whisky es para *El Topo,* Jean. ¿Lo has visto?

—Vendrá en seguida. —*La Suave* le guiñó un ojo—. Luego, si quieres, ya sabes. .

—Quizá, preciosa.

El nombre del individuo apodado *El Topo* era Gus Rackey y el apodo se debía a que constantemente tenía los párpados entrecerrados, de modo que, en ocasiones, daba la sensación de ser terriblemente miope. Pero Rackey gozaba de una visión perfecta y de unos oídos extremadamente sensibles, y Baxter lo sabía.

Un cuarto de hora más tarde, Rackey se sentaba frente al joven.

—¿De qué se trata? —preguntó, a la vez que alargaba la mano hacia el whisky que ya tenía servido.

—Seth Mulween.

Rackey tomó un trago y chasqueó la lengua.

—Un mal sujeto —comentó.

—Me lo imagino.

—No le gusta que le pisen los callos, *Budd.*

—Pero a él sí le gusta pisar los callos a otros. Rackey hizo una mueca.

—Allá tú... Suele jugar al billar todos los días en el *Zango.*

—No lo conozco personalmente.

—Es un tipo bastante guapo, todo hay que decirlo. Viste bien, lleva ropas costosas, un par de sortijas de las buenas... Pero no quiere que le hablen desde su costado izquierdo.

—¿Por qué?

—Tiene rajada la cara.

—¡Oh, un presumido!

—Sí, *Budd.*

—Muy bien, ¿qué te debo?

Rackey soltó una risita.

—¿Por esta información? Deja pagado otro whisky, será más que suficiente.

—Gracias, Gus.

—¿Qué te pasa con Seth? ¿Alguna cuentecita pendiente?

Baxter hizo saltar la bola en la palma de su mano.

—Más o menos —respondió, evasivo.

La Suave se acercó al ver que el joven se marchaba.

—Te vas —dijo.

—Lo siento. Negocios, nena.

—Lástima —suspiró ella.

—¿Tanta impresión te he causado?

Jean hizo una mueca.

—Pensé que... Bueno, no importa. Vuelve otro día. Hoy no has visto todo el panorama ni disfrutado de sus atractivos.

—Volveré, descuida.

* * *

La bola roja chocó contra otra y la envió directamente al agujero, pero una mano impidió su entrada. El jugador alzó la cabeza, irritado por lo que estimaba una provocación.

—Amigo, déjela que entre o haré que se la trague —dijo Seth Mulween.

Baxter hizo saltar la bola en la palma de su mano.

—¿No se ha dado cuenta de que le estoy viendo el lado izquierdo de la cara? —preguntó, provocativamente,

Mulween se enderezó.

—Parece que tiene ganas de pendencia —murmuró.

—Si usted lo llama así... Lo que realmente tengo ganas es de saber por qué envió a dos de sus amigos al apartamento de una periodista llamada Erin Caldwell.

Las cejas de Mulween se juntaron hasta formar casi una línea negra

bajo la frente.

—No creo que eso le importe mucho...

—Está equivocado. Me importa, y más de lo que usted mismo se cree.

Mulween se encogió de hombros.

—Bueno, puede seguir hablando —contestó—. No pienso hacerle caso...

Súbitamente, la bola salió disparada con la potencia de un proyectil y alcanzó el estómago de Mulween, quien se dobló inmediatamente sobre la mesa de billar. Algunos de los que estaban en las inmediaciones, se volvieron, alarmados, pero Baxter los tranquilizó con un ademán.

—No se preocupen, amigos —dijo—. Seth padece de úlcera y ahora le ha dado una sacudida.

Contorneó la mesa, agarró al sujeto por un brazo y lo empujó hacia una puerta situada al fondo.

—Vamos, Seth, quiero aliviar tus dolores...

El golpe, no sólo por la dureza, sino por inesperado, había quebrantado instantáneamente toda capacidad de resistencia en Mulween. Encorvado, se dejó llevar hasta el cuartito, cuya situación había estudiado Baxter, previamente.

Apenas abrió la puerta, Baxter dio un terrible empellón al sujeto y lo lanzó contra la pared opuesta. Mulween chocó, rebotó y cayó al suelo, pero ya se estaba recobrando lo suficiente como para sacar una pistola que llevaba bajo la bien cortada chaqueta.

El pie de Baxter golpeó primero la muñeca, lo que hizo saltar el arma a un par de metros de distancia. Luego, la puntera golpeó la palma de la mano, estrellándola contra la pared.

Mulween lanzó un aullido. Baxter le dio un puntapié en el muslo derecho. El rufián empezó a desmoralizarse.

—Pero, por todos los diablos... ¿Por qué me pega de este modo?

—Erin Caldwell —dijo Baxter fríamente.

—No sé nada...

—Tienes rajado el lado izquierdo de la cara. ¿Quieres que te raje el derecho?

Mulween hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo. Con el dorso de la mano izquierda, se limpió la saliva que corría por su mentón.

—Está bien, se lo diré —habló de mal talante—. A fin de cuentas, no tengo por qué estar callado... Me pagaron una miseria...

—¿Cuánto?

—Quinientos *pavos,* ¿qué le parece?

—Un tipo tacaño, pero, por lo que sé, no te encargó *apiolar* a la periodista.

—Yo no acepto esa clase de trabajos. Me gusta estar libre. Un asesinato me pondría entre rejas para el resto de mis días.

—Sí, claro, te conformas con dar palizas a la gente. Pero ¿quién te dio

los quinientos dólares?

—No lo conozco. Es alto, bien parecido, unos cuarenta y cinco años. Muy distinguido... y no nos vimos aquí, en el Zango, por supuesto. Me llamó a su habitación del hotel White Lake.

—Alguien le daría tu nombre, supongo.

Mulween se encogió de hombros.

—Eso supongo yo también —contestó.

—¿Qué te dijo exactamente, Seth?

—Bien... había una chica, periodista, que quería hacer un reportaje comprometedor. Sólo quería que mis muchachos le diesen un buen susto, eso es todo. Y no me preocupé de más...

—Por favor, dame detalles. Te has quedado un poco corto, Seth.

—Bien, una de las cosas que más me chocó fue que el tipo tocaba el piano constantemente. Sí, se había hecho instalar un piano en su habitación, aunque le parezca mentira.

—¿Dio algún nombre? Mulween hizo una mueca.

—En esta clase de tratos no se dan ni se piden nombres —respondió—. Claro que por quinientos dólares no iba yo a hacer más de lo que hice.

—Te has portado bien, Seth. Sólo espero que no vuelvas a molestar más a la señorita Caldwell.

El hampón no contestó. Baxter dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

De pronto, oyó un ruido a sus espaldas. Mulween, pensó de inmediato, quería tomarse el desquite.

Girando parcialmente sobre sí mismo, se elevó por los aires. Los dos pies salieron disparados y alcanzaron de lleno el rostro del hampón. Mulween cayó, lanzando un rugido de dolor y espurreando sangre por los labios partidos.

Baxter ya no se preocupó más del sujeto. Salió a la calle, buscó su coche y arrancó en dirección al White Lake.

* * *

El White Lake era un hotel elegante, aunque no de máxima categoría. Sin embargo, el vestíbulo ofrecía un agradable aspecto. Era evidente que se trataba de un establecimiento donde la norma imperante era la discreción. Allí, sin duda, debía de hospedarse personas de cierta importancia, pero que eludían la publicidad que, sin duda, hubiese producido su alojamiento en un hotel de más rango.

Baxter se acercó al mostrador de recepción. Un atildado individuo se le acercó en el acto.

—¿Señor?

—Disculpe las molestias, amigo mío —dijo Baxter—. Busco a un buen amigo, que se hospeda en este hotel, pero la verdad es que desconozco su

nombre.

El recepcionista puso cara de extrañeza.

—¿Dice que es amigo suyo y no sabe cómo se llama?

—Perdón, creo que no he sabido explicarme bien... Es un pianista de notable reputación, pero tiene, como todo artista, ciertas manías. No le gusta la publicidad, detesta las aglomeraciones, odia a las personas que se le echan encima para pedirle autógrafos... Por eso, en cada localidad en que actúa utiliza un nombre distinto en los hoteles en que se hospeda, aunque luego, llegado el momento de su actuación en público, lo hace con su nombre verdadero.

—¡Ah!; usted se refiere sin duda al señor Steve Harris. Alto, bien parecido, algo más de cuarenta años... Hizo que le subieran un piano a sus habitaciones...

—¡Sí, el mismo, no puede ser otro! Por supuesto, no es un Rubinstein, pero sí tiene una fama bien cimentada. Dígame, ¿qué número tiene su habitación?

—Lo siento, señor. El señor Harris canceló esta mañana su cuenta y se ha marchado.

—¡Oh, qué decepción! —exclamó Baxter—, ¿Puede decirme hacia dónde ha partido?

—Encargó un pasaje para San Francisco y salió en el vuelo 321 de las seis de la tarde, señor.

—Bien, allí sé su casa y su teléfono... Ya le llamaré mañana. Ha sido usted muy amable.

El recepcionista hizo una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, señor.

En el *hall* del hotel había teléfonos públicos. Baxter usó uno de ellos para llamar a Erin.

—Supongo que conoces la noticia —dijo—. Ya tienes el permiso para entrevistar a tu pianista ciego.

—*Budd,* eres un sol —exclamó la pelirroja entusiasmadamente—. No sé cómo agradecértelo.

—Anoche me lo pagaste. ¿O lo he soñado?

—No fue un sueño —dijo Erin evocadoramente—. Por cierto, ¿qué has averiguado?

—Ya te lo contaré otro rato. ¿Cuándo emprendes el viaje?

—Voy a preparar todas mis cosas. Creo que podré partir pasado mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—Es posible que tengas compañía en el viaje. A menos que quieras formular una objeción.

—Ninguna, aunque no comprendo tu interés en el caso. Ya leerás mi reportaje...

—No puedo esperar tanto tiempo —contestó Baxter alegremente—. Volveremos a ponernos en contacto, preciosa.

Colgó el teléfono y se dirigió hacia la salida.

CAPITULO IV

—El *chivato* fue colocado, presumiblemente, por una supuesta mujer de la limpieza —dijo Ephstone al día siguiente, en respuesta a la consulta de Baxter—. Nadie sino una persona con ese disfraz podría entrar en mi despacho... Claro que también entran muchos periodistas, redactores, visitantes de todos los calibres... pero he hablado con el jefe de personal auxiliar y me dijo que hace algunos días contrató a una nueva mujer de la limpieza, relativamente joven y, según le dijo, en difícil situación a causa de una reciente viudedad.. Personalmente opino que tuvo que ser ella, *Budd.*

—¿Su nombre, por favor, Ben?

—Dittman, Sue Dittman. El jefe de personal auxiliar dijo que encontró en regla los papeles que ella le presentó como referencias. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Calma, calma, aún no me has dicho todo lo que quiero saber. ¿Por qué diablos iban a colocarte ese aparatito en la pata de tu mesa, precisamente ahora, cuando Erin quiere hacer el reportaje a Brokowski?

—¡Ah! si yo lo supiera... ¡Menuda edición íbamos a tirar, *Budd!*

—Sí, ya me lo imagino. Pero resulta muy sospechoso que sólo te hayan puesto ese aparatito *ahora,* precisamente, ¿no crees? Porque, ¿cómo sabía, quien sea, que Erin iba a pedirte permiso para hacer ese reportaje?

—Bueno, yo sé que ella hizo gestiones por teléfono con la residencia de Brokowski. Ignoro con quién hable supongo que con algún secretario personal del pianista, tal vez con su mayordomo... Pregúntaselo a ella, ¿quieres?

—Se lo preguntaré, descuida. Oye, ¿has quitado el *chivato* de su sitio?

—Todavía no, pero me siento muy incómodo pensando en que alguien oye todo lo que hablo...

—No te preocupes; a ellos, quienes quiera que sean, sólo les interesan las conversaciones en que se menciona a Brokowski. Y presiento que pronto van a dejar de tener interés en esas conversaciones.

—¿Cómo? No te entiendo, *Budd.*

—¿A qué hora vienen a limpiar tu despacho?

—Pues... tiramos la primera edición a las cinco de la mañana... Yo suelo quedarme hasta las seis y media, por si surge alguna noticia merecedora de una edición extra... Después, el director adjunto sigue, pero en su despacho...

—Es decir, a las siete van a limpiar.

—Sí, más o menos.

—Gracias, Ben. Te veré a las cuatro de la madrugada.

Baxter colgó el teléfono. Había hablado con Ephstone, sin temor a ser escuchado, ya que el periodista se encontraba en su casa. Después, marcó el número de Erin.

—¡Hola, *Ojos Verdes!* —saludó—. Quiero hacerte una pregunta.

—Todas las que quieras, *Budd,* Dispara.

—Creo que hiciste gestiones telefónicas con la residencia de Brokowski.

—Así es, y no dieron resultado, como puedes comprender.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, Erin?

—¡Oh, poco más de una semana! Diez días a lo sumo, no recuerdo .exactamente la fecha. Pero ¿por qué me lo preguntas? No creo que eso tenga nada que ver...

—Tiene mucho que ver, o no habrían enviado a dos matones a darte una paliza a tu casa. Dime, ¿con quién hablaste en la residencia del pianista?

—Dijo que era su secretario personal y también, por lo que sé, desempeña las funciones de mayordomo. Su nombre es...

—¡Harris! —exclamó Baxter.

—No, te equivocas, Larkin. ¿Por qué has mencionado *A* nombre de Harris?

—Fue un presentimiento equivocado, no te preocupes. Pero, quizá te mostraste un poco agresiva y dijiste que, pese a todo, conseguirías la entrevista.

—Pues sí, debo admitirlo... Claro que Larkin me irritó; parecía muy pedante... Su tono de voz se me hizo insufrible y casi perdí los estribos.

—Gracias, nena, me has hecho ver claras algunas cosas que no acababa de entender.

—*Budd,* no cuelgues —pidió Erin—. ¿Qué vas a hacer?

—Todavía tengo tiempo antes de encontrarme contigo en el aeropuerto. Ya te contaré el resto durante el vuelo. ¡ Adiós!

El teléfono volvió a su sitio y Baxter se reclinó en *é.* diván, pellizcándose con dos dedos el labio inferior. Resultaba comprensible que un hombre en las circunstancias de Brokowski se negase a conceder entrevistas a los reporteros, pero que, además, tratase de disuadirlos a golpes, era algo que rebasaba los límites de una anea de conducta justificada, para entrar de lleno en lo criminal.

Y entonces empezó a infiltrarse en su cerebro la sospecha de que tal vez no era Brokowski el que se segaba sistemáticamente a recibir a los periodistas.

* * *

La mujer entró con los útiles de limpieza en las manos, canturreando entre dientes una vieja tonada. Era de buena estatura y formas un tanto ampulosas, con el pelo prematuramente gris, en lo poco que se podía ver por el pañuelo que cubría su cabeza casi completamente. Aunque usaba pantalones por comodidad, llevaba puesto un delantal de faena con peto.

Sue Dittman cerró a sus espaldas la puerta del despacho. De pronto, su expresión de indolencia desapareció. Con ojos recelosos, miró a todas partes

antes de dejar el cubo en el suelo. Acto seguido, avanzó unos pasos, se arrodilló, metió la cabeza bajo la mesa y alargó la mano derecha.

El transmisor de radio fue a parar al bolsillo anterior del delantal. Luego, Sue se irguió y entonces fue cuando vio a un hombre delante de ella.

—¡Hola, señorita Dittman! —saludó Baxter cortésmente.

Sue palideció.

—Dispense, señor; tengo trabajo...

—Yo también, Sue. Por descontado, no le voy a quitar ese transmisor que, supongo, ha desconectado ya. Pero en cambio le pediré que me indique el lugar donde se encuentra el tipo que graba todas las conversaciones que se producen en este despacho.

Sue dio un paso atrás. Se había recobrado un tanto y sus ojos despedían un extraño fulgor.

—¿De veras le gustaría saberlo? —preguntó, mientras con lentos movimientos empezaba a quitarse el delantal.

—Por favor... —dijo Baxter.

—Sí, claro, ahora mismo...

Súbitamente, la mujer dio un enorme salto en el aire, a la vez que movía sus pies en una fulgurante tijereta. Baxter, sorprendido, apenas si tuvo tiempo de echarse hacia atrás, dejándose caer de espaldas, única salida que le quedaba para repeler aquel inesperado ataque, realizado en el más puro estilo del *Tae-kwondo* o *karate volador.*

Fallado el primer golpe, Sue cayó al suelo, pero flexionando las rodillas con increíble agilidad, volvió a levantarse, lanzándose de nuevo contra su masculino antagonista.

Sue atacó ahora con los filos de ambas manos, descargando una rapidísima sucesión de golpes, que Baxter esquivó con enormes dificultades. Durante unos segundos, el joven es dijo que no había encontrado en su vida un enemigo tan belicoso ni duro de pelar. Algunos de los golpes resultaron realmente dolorosos y le arrancaron incluso un par de gritos. Pero, de pronto, logró conectar sus dedos, de punta, contra el estómago de Sue, y la vio retroceder.

Ella dio unos pasos hacia atrás. De súbito, echó mano al bolsillo posterior de su cadera. Algo brilló un instante en el aire, despidiendo una miríada de chispas en su mortífero vuelo, dirigido a la garganta de Baxter.

El *shuriken,* una estrella de ocho puntas afiladas como navajas de afeitar, rasgó ligeramente la manga izquierda del traje de Baxter y fue a clavarse en uno de los paneles de roble situado a sus espaldas. Rehecha, Sue se apoderó de la escoba, a fin de utilizar su mango como arma contundente.

Descargó un terrible golpe, dirigido a la frente de su adversario. Esta vez, Baxter había previsto el ataque y alzó ambas manos, aferrando el palo, del que tiró con todas sus fuerzas, rápidamente, sin dar tiempo a que ella adivinase sus intenciones. Sue saltó hacia adelante y fue a caer en los brazos del joven.

Baxter la retuvo unos instantes, sintiendo contra su pecho la cálida presión de unos senos cuya forma física no se correspondía con la apariencia de la mujer. Ello le hizo presentir la verdad, pero casi inmediatamente, la rechazó con una mano con enorme violencia, aunque reteniéndola con la otra, aferrada en torno a su muñeca derecha.

El brazo de Sue crujió. Ella emitió un grito de dolor. Baxter la hizo girar en redondo y luego la catapultó hacia adelante. Sue corrió cuatro pasos, se estrelló contra una pared y cayó al suelo.

Baxter se arrojó sobre ella y la hizo quedar boca abajo, retorciéndole el brazo ya lastimado. Sue dio unas palmadas con la mano izquierda, cuyo significado entendió el hombre instantáneamente.

—¡Ah, te rindes! —dijo Baxter, complacido.

—Suélteme...

—No tan de prisa. He podido darme cuenta de que sabes pelear y, por la misma razón, sabes, también que puedo partirte un brazo. Y eso es lo que haré si no te muestras dispuesta a colaborar.

—No puedo... ¡Ay, bruto! ¡Me va a partir el brazo! ¡Suélteme de una vez, cerdo asqueroso!

—Sue, ¿quieres hablar de una vez o empiezo la serie de fracturas?

—Está bien, a fin de cuentas, tampoco es un pecado tan grave... El está en el edificio de enfrente, con el receptor y la grabadora.

—¿El? ¿Quién es? —preguntó Baxter, extrañado.

—Mi socio, claro.

Baxter empezó a comprender la verdad. Sin embargo, no había llegado todavía al fondo. —¿Su nombre?

—Barris, Alan Barris, de la agencia Barris & Dittman.

—¡Ah, detectives privados!

—Sí.

—¿Quién os contrató?

—No lo sé. Alan fue el que llegó con la noticia del contrato. Me explicó lo que debía hacer y, aunque en un principio no me gustó, acabé por ceder.

—Sin duda, le habían pagado bien.

—Cinco mil dólares. La verdad es que me parece que le pagaron más; últimamente empecé a sospechar que me engañaba con el asunto de las retribuciones. De todos modos, me iban a tocar dos mil quinientos, así que acepté. Bien, ¿me suelta o seguimos?

—Sue, voy a soltarte —contestó Baxter—. Pero ahora mismo, me vas a acompañar al lugar donde está Barris. Y te diré una cosa: tengo una pistola, aunque no he querido usarla, porque necesitaba hablar contigo. Pero ahora ya no me importa tanto, y si veo que tratas de escapar o de jugarme una mala pasada, te meteré una bala en el cuerpo. ¿Está claro?

Era una gigantesca mentira. Baxter no llevaba nunca armas de fuego, pero Sue no tenía por qué saberlo.

Al soltarla, puso la mano en el pañuelo y hundió los dedos. Tiró, y el pañuelo y una peluca entrecana cedieron en el acto, dejando a la vista una cabellera rubia, corta, de color mucho más agradable.

Sue se sentó en el suelo. Aunque no estaba maquillada, tenía un aspecto sumamente atractivo.

—Eres más guapa de lo que sospechaba —sonrió él—. ¿Vamos?

Prudente, no tendió una mano a la joven, a fin de evitar que le hiciera una jugarreta. Sue se puso en pie, alisó un poco la blusa y caminó hacia la puerta.

—Tengo un chaquetón en el vestuario...

—Iremos juntos, no te preocupes.

Diez minutos más tarde, salían del edificio. Las luces del alumbrado público se habían apagado ya. La acera v la calzada aparecían brillantes, después del paso de los equipos de limpieza pública, con sus mangueras de agua. La ciudad iniciaba una jornada más de trabajo.

—Alan alquiló un despacho desocupado —explicó Sue, mientras caminaban—. El alcance del transmisor no era muy grande, unos doscientos cincuenta metros.

—Suficiente, para lo que necesitabais. ¿Hacías tú, también, turno de escucha?

—Sí, nos alternábamos las veinticuatro horas del día, excepto en los momentos en que yo debía seguir desempeñando el papel de mujer de la limpieza. Anoche, Alan dijo que hoy podría llevarme el transmisor, aunque estaría a la escucha por si surgía alguna novedad, hasta el momento de entrar a trabajar.

—¿No te dijo quien le había contratado?

—No, no mencionó su nombre. A veces sucedía así…

—Pero te dijo el objeto de esta labor de espionaje.

—Sí, claro.

—¿Has sacado alguna deducción de este asunto?

—Mi tarea no era obtener deducciones, sino escuchar, ver que quedase grabado todo cuanto se decía en el despacho de Ephstone y luego seleccionar lo referente a Brokowski. Eso es todo.

—Y Alan se encargaría, luego, de enviar las cintas grabadas...

—Sí, claro, aunque también informaba por teléfono.

—¿Conoces ese número?

—No. Este asunto lo llevaba él muy personalmente. Por eso te dije que creía que había cobrado más de lo que anunció. Y ahora, cuando lo vea, le diré que vaya pensando en buscar otro socio para la agencia.

Momentos después, Sue llamaba ante la puerta de un departamento destinado a oficina. Esperó un poco, repitió la llamada y se volvió, desconcertada, hacia su acompañante.

—No contesta —dijo—. A ver si se ha largado...

Baxter, resuelto, alargó la mano, hizo girar el pomo **y** abrió la puerta. A

su lado, Sue emitió un gemido de horror.

Alan Barris yacía en el suelo, los brazos extendidos y la pierna derecha doblada. Bajo su cabeza se veía un extenso charco de sangre.

Baxter hizo una profunda inspiración.

—La agencia Barris & Dittman está disuelta —anunció.

Miró a derecha e izquierda. El pasillo estaba desierto, ya que en el edificio no había dado comienzo la actividad cotidiana de quienes trabajaban en los diferentes despachos. Con la mano izquierda, empujó a Sue hacia adentro y cerró a continuación.

El receptor y la grabadora estaban allí, pero no había una sola cinta. Los bolsillos de Barris estaban completamente vacíos; el asesino, muy hábil, calculó, se había llevado cuanto podía dejar una pista en su contra. No sólo el dinero, sino hasta la documentación de la víctima había desaparecido completamente.

Pero aún quedaba un recurso...

—Iremos a tu oficina; tal vez allí encontremos anotaciones que puedan darnos una pista... Sue le desanimó rápidamente.

—Ni lo sueñes. Alan no era hombre demasiado aficionado al papeleo, salvo en casos de extrema necesidad. Allí no encontrarás nada, te lo anticipo ya; aunque si quieres acompañarme, porque dudas de mi palabra, no tengo inconveniente en permitir que registres la oficina.

—¿Para qué? —contestó Baxter, desanimadamente—. Ya lo habrá hecho el asesino, a fin de completar su tarea de borrar todos los rastros. Incluso sospecho que el pago se hizo en billetes y no en cheque.

—Sí —confirmó Sue.

Baxter movió la cabeza.

—Anda, vámonos —dijo.

Borró sus huellas en el pomo con un pañuelo y, acompañado de Sue, salió a la calle.

CAPITULO V

—Nuestro vuelo está programado para las seis de la tarde —anunció Erin Caldwell por teléfono—. ¿Estás listo, *Budd?*

—Sí, desde luego.

—Pero de San Francisco a Santa Úrsula hay más tic cuatrocientos kilómetros...

—Santa Úrsula dispone de un pequeño aeródromo y yo sé pilotar aviones. Alquilaremos uno en San Francisco, no te preocupes.

—Luego, de Santa Úrsula a Torresola, hay casi treinta kilómetros...

—Te ahogas en un vaso de agua. Tomaremos un taxi o alquilaremos un coche sin chófer.

Erin lanzó una alegre carcajada.

—¡No podía encontrar mejor compañero para este viaje! —exclamó—. Por cierto, ¿qué has averiguado.. ?

—Te lo contaré durante el vuelo,

—Está bien.

Baxter devolvió el teléfono a su sitio. Hizo que su criado le sirviera café y mientras lo tomaba, reflexionó sobre la aparente incongruencia que suponía pagar solamente quinientos dólares a unos matones para amedrentar a Erin y pagar, al menos cinco mil, para un servicio de escucha. La respuesta estaba, sin duda, en que una cifra más elevada podía haber hecho recelar a Mulween y sus secuaces. En cambio, se había necesitado más dinero para obtener los servicios de la agencia Barris & Dittman, dado que se trataba de un asunto nada limpio y que otra agencia, indudablemente, habría rechazado.

Lo intrigante era, se dijo, el interés que alguien mostraba por evitar que Brokowski fuese entrevistado. A menos que...

El sonido de la campanilla de llamada cortó sus reflexiones. Baxter oyó a su criado hablar con alguien. Momentos después, Koye hacía su aparición en el despacho, con una tarjeta de visita en la mano.

—Symmons E. Conover —leyó el joven—. ¿Qué querrá este pájaro? —murmuró.

—Parece muy interesado en hablar con usted, señor —manifestó Koye.

Baxter había oído hablar de Conover, uno de los últimos millonarios excéntricos que todavía quedaban en el país. Dueño de una inmensa fortuna, Conover había hecho cosas que habían deslumbrado a los papanatas, aunque en los últimos tiempos, por lo que sabía, parecía haber abandonado un tanto su vida de derroche y fastuosidad. Sencillamente, no comprendía qué interés podía tener Conover en hablar con él.

—Ofrécele algo de beber, Tim —dijo al cabo—. Saldré dentro de unos minutos. Estoy en el baño, ¿entendido?

—Sí, señor.

Baxter dejó pasar cinco largos minutos. Luego hizo su aparición en la sala. Conover se puso en pie al verle.

—Gracias por haber accedido a recibirme, señor Baxter —dijo el visitante.

—Para mí es un placer y un honor —contestó Baxter, a la vez que estrechaba la mano que le tendían—. ¡Ah! Veo que mi criado ha sabido ofrecerle la hospitalidad de la casa. ¿Quiere beber algo más, señor Conover?

Conover, alto, fornido, unos cuarenta años, de aspecto sumamente distinguido, con las sienes plateadas, alzó una mano.

—Gracias —rechazó la invitación—. ¿Puede escacharme unos minutos, amigo Baxter?

—Estoy a su disposición. —El joven señaló el diván—. Siéntese, se lo ruego.

—Bien, confieso que vine a su casa un tanto equivocado en mis presunciones... Tiene usted una categoría muy superior a lo que yo calculaba.

Baxter arqueó las cejas.

—¿A qué viene eso, señor Conover?

—Bueno, yo quería encomendarle cierta tarea... Pensaba que con unos diez mil dólares tendría suficiente, pero después de conocer la forma en que vive usted, pienso que no tendré más remedio que ofrecerle una cifra cinco veces mayor.

—¡Cincuenta mil dólares! —se sorprendió Baxter—. Y eso, ¿Por qué?

Conover sonrió.

—Usted ha oído hablar de mí, sin duda, de mis fiestas fastuosas, de mis caprichos, del derroche que hago de mi fortuna... Por ahí se dice que soy uno de los últimos millonarios excéntricos del siglo...

—Algo he oído al respecto —convino Baxter.

—Pero, a pesar de todo, he de trabajar para satisfacer mis caprichos, aunque, últimamente, empiezo a portarme con más mesura. La vida no consiste sólo en tirar el dinero de cualquier manera.

—Evidentemente.

—Tengo negocios en Europa y necesito un hombre de confianza que me lleve una serie de mensajes que no deben ser conocidos por la competencia. Usted habrá oído, sin duda, hablar del espionaje industrial.

—Por supuesto.

—Mis hombres de confianza están todos *marcados* por la competencia. Tengo que enviar a uno que no sea conocido por mis rivales. Se trata de una operación que puede ascender a varias decenas de millones. Por eso quiero contratarle a usted, señor Baxter.

—Por cincuenta mil dólares.

—Efectivamente. Tengo, incluso, preparado el cheque... Pero debería partir hoy mismo. Su punto de destino es Amsterdam...

—Señor Conover, acepto encantado la misión que me encomienda, pero habrá que retrasarla ineludiblemente una semana. Antes, lo siento infinito, no puedo.

—Pero, señor Baxter...

—Mis compromisos no me lo permiten. Admito que la suma es muy tentadora, pero tengo por norma no romper un compromiso adquirido, por más beneficios que pueda reportarme el quebrantamiento de mi palabra. Ahora bien, si usted acepta este retraso de una semana, puede tener la seguridad absoluta de que su mensaje llegará intacto a Amsterdam.

—Tendría que ser hoy mismo —dijo Conover.

—Imposible —contestó.

—Aumentaré la cifra en un cincuenta por ciento...

—Es inútil. Le ruego que no insista, por favor.

Conover hizo un gesto de resignación.

—Hacía tiempo que tenía ganas de ver una cosa así —dijo.

—¿Cómo?

—Al fin me he encontrado con un hombre íntegro —declaró Conover —. Es algo tan raro, hoy día, como un león herbívoro. Le felicito, señor Baxter.

—Muy agradecido, aunque me agradaría saber qué le impulsó a elegirme para esa misión tan delicada.

—Bien, cuando necesito emplear a un hombre, suelo informarme sobre él. Yo sé que usted es propietario de la agencia *Digest Press,* estoy suscrito a sus servicios, pero que, en los ratos libres, digámoslo así, actúa como detective privado. Por tanto, pensé que era el hombre adecuado para el viaje a Amsterdam.

—Dentro de siete días, tendré el placer de ponerme a su disposición, señor Conover.

El millonario hizo un gesto negativo.

—Correré el riesgo de enviar a alguien ya conocido, pero el mensaje no puede aguardar tanto tiempo. Sin embargo, confío en verle nuevamente.

—Cuando guste —dijo Baxter, benévolo.

Instantes después, quedaba solo en la estancia. Entonces se dirigió a uno de los muros y presionó en un resorte oculto.

La mitad del muro se deslizó silenciosamente a un lado y dejó al descubierto lo que Baxter llamaba su cuarto de comunicaciones.

* * *

Después de fundar su agencia y una vez comprobados los excelentes resultados del negocio, Baxter había contratado a alguien para que la dirigiera y se ocupara de la mayor parte del trabajo. Denis Gray era el director y su despacho estaba conectado con la residencia de Baxter por medio de líneas privadas de teléfono y televisión. En aquel cuarto, Baxter disponía de un completísimo equipo de transmisiones, con receptores y grabadoras tanto de audio como de video.

Muy pocas personas conocían un secreto tan bien guardado. Mientras presionaba la tecla de contacto de uno de los televisores, Baxter sonrió,

pensando en la sorpresa que se habría llevado Conover de haber podido llegar hasta allí.

El rostro cuadrado y macizo de Gray, con su pelo entrecano, áspero como un cepillo, apareció en la pantalla.

—¡Hola, caballero andante! —saludó Gray, a voz en cuello—. ¿Cuál es tu problema, ahora?

—Conover.

—El millonario caprichoso... Últimamente, parece que ha adoptado un estilo de vida casi monástico... Apenas aparece en las páginas de los periódicos... Antes, casi me obligaba a tener una chica dedicada exclusivamente a sus aventuras, bueno, quiero decir, a recortar todo lo que aparecía de él en diarios y revistas. Pero hace algún tiempo, da la sensación de haber sufrido una transformación poco menos que radical. ¿Por qué quieres saber datos de su vida, *Budd?*

—Acaba de visitarme, Denis.

—¡Cuánto honor! —se burló Gray.

—Quería pagarme nada menos que setenta y cinco mil dólares por un viaje a Amsterdam.

Gray silbó.

—Al menos, sigue siendo desprendido —comentó—. ¿Cuál era el objeto del viaje?

Baxter se lo explicó. Gray hizo un gesto.

—Los hombres de negocios actúan así en más de una ocasión —dijo—. No debes de extrañarte, pues...

—Me extraña, y mucho, Denis. Haz una copia de todo cuanto tengas en los archivos y envíamela al Golden Land Motel, de Santa Úrsula, California. Por supuesto, debita los gastos en mi cuenta personal.

Gray se quedó boquiabierto.

—Pero ¿qué diablos vas a hacer tú en Santa Úrsula? —exclamó.

Baxter le guiñó un ojo.

—Viaje de placer —mintió, descaradamente. Y apagó el televisor.

Koye le entregó el teléfono cuando salía del cuarto.

—Para usted —anunció.

—¿Sí? —dijo Baxter.

—*Budd,* soy Sue Dittman. He descubierto algo muy interesante. ¿Puedes venir a mi casa?

—Estamos hablando por teléfono —le recordó él.

—No, tienes que venir tú personalmente.

—Sue, si tratas de jugarme una mala pasada...

—Te lo juro, *Budd,* soy sincera. ¡Ven, por favor!

Baxter consultó su reloj. Todavía le quedaba tiempo de sobra, antes de ir al aeropuerto.

—Está bien, no te muevas de tu casa —accedió finalmente.

Colgó el teléfono y se volvió hacia su criado.

—Tim, prepara el equipaje y el coche grande —dispuso—. Antes de ir al aeropuerto, he de hacer una visita.

Koye se inclinó.

—Sí, señor.

Una hora más tarde, Baxter entraba en el apartamento de Sue. Ella no pudo decirle nada.

Estaba en el suelo, con las ropas rasgadas v arañazos en diversas partes de su cuerpo. Bajo el desnudo seno izquierdo, Baxter vio la diminuta hendidura causada por un arma blanca.

Durante unos momentos, trató de digerir la horrible sensación que le causaba el espectáculo. Era evidente que Sue había luchado con todas sus fuerzas para salvar la vicia, pero, pese o *mu* habilidad en las *Artes .Marciales,* había terminado perdiendo la partida.

Para cualquier observador que desconociese lo que había sucedido anteriormente, Sue había sido atacada por un ladrón que la había asesinado, tras la violación. Baxter sabía que no era así. La casa revuelta, los muebles volcados y el tapizado destripado, las ropas de Sue rasgadas... no era sino una puesta en escena, destinada a engañar a la Policía.

La agencia Barris & Dittman había cerrado sus puertas, se dijo tristemente. En un solo día, le habían clausurado el negocio.

De pronto, vio algo que llamó su atención de un modo singular.

Era un trocho de papel, de no más de tres centímetros de largo por uno de ancho, escondido casi por completo en la mano de Sue. El asesino, sin duda, no se había percatado de aquel detalle.

O tal vez Sue había conseguido, con un último esfuerzo, dejar una pista, escribiendo dos palabras en aquel minúsculo fragmento de papel: *CATHEDRAL VALLEY.*

CAPITULO VI

—¿Tú sabes dónde está *Cathedral Valley?*

Erin hizo un gesto negativo.

—Eso parece la definición de un lugar geográfico —contestó—. Indica un valle...

—Sí, precisamente por eso misino te lo pregunto.

Erin volvió La cabeza hacia su acompañante,

—¿Ahora, después de doce horas de nuestra partida? —se extrañó.

—He preguntado en muchos sitios y nadie ha sabido darme la respuesta —adujo Baxter.

—Lo siento. No sé nada de *Cathedral Valley.*

—Bueno, ya lo averiguaremos en Santa Úrsula.

Después del vuelo, Baxter y Erin habían pernoctado en un hotel cercano al aeropuerto de San Francisco, desde el que se habían trasladado, a media mañana, a otro aeródromo, en el que habían alquilado un avión particular. Ahora estaban aguardando, en la sala de espera, a que en las oficinas les despachasen la documentación pertinente.

—Yo sólo sé que Brokowski vive en una posesión a la que denominó El Retiro —dijo Erin—. Es una especie de castillo, en un cerro pelado, llamado Torresola, pero con unas vistas magníficas. Por lo visto, hace muchos años, realizó un viaje por estos parajes y le gustó la zona en la que se hizo edificar una casa, a la que se retiraba de cuando en cuando para componer algunas de sus más famosas obras sinfónicas. Naturalmente, su retiro es permanente, desde la muerte de su esposa.

—Si aquella mujer era su esposa, claro.

—Aún no sé qué pensar, *Budd.* La señora Brokowski llegó a San Francisco, pero el mismo día murió en Nueva York. Por el horario, la duplicidad de estancias en ambos lugares resulta imposible.

—De modo que la muerta era una impostora o bien la que llegó a San Francisco no era Helga Brokowski.

—Son dos alternativas, y las únicas posibles —contestó la pelirroja.

Una atractiva muchacha salió, en aquel momento, de la oficina del aeropuerto.

—¿Señor Baxter?

El joven se puso en pie.

—Sí, señorita.

—Tiene todo listo —dijo la chica, a la vez que le entregaba unos documentos—. El avión está revisado y repostado. Si tienen la bondad de acompañarme...

—Con mucho gusto.

Baxter cargó con las dos livianas bolsas que constituían el equipaje de ambos. La empleada les dejó, momentos después, al pie de un esbelto avión, blanco y rojo, con cabinas cubierta.

—Notificaremos su salida a Santa Úrsula apenas hayan despegado —se despidió la chica—. Buen viaje.

—Gracias.

Baxter subió a la cabina y ayudó a Erin a sujetarse al asiento. Comprobó los instrumentos, dio el contacto y calentó el motor, unos segundos. Luego tomó el micrófono:

—EK-202 a torre, todo en orden. Listo para despegar.

—Torre a EK-202. Puede despegar por pista cuatro.

—Enterado. Gracias.

El micrófono volvió a su sitio. Baxter avanzó ligeramente la palanca de gas, mientras observaba el cuentarrevoluciones. El avión trepidó y las ruedas empezaron a girar lentamente en el suelo.

Después de situarse en la cabecera de pista, dio unos acelerones al motor, con los frenos echados. Al fin, satisfecho del comportamiento del motor, soltó los frenos y aceleró gradualmente.

Unos segundos después, el avión se elevaba en el aire. Erin le miró, complacida y admirada a un tiempo.

—Eres un tipo fantástico... Sabes, incluso, pilotar aviones...

—Quizá un día me compre un pequeño reactor —contestó él—. He hecho prácticas con bimotores de carga (1) y poseo el título correspondiente. Por ahora, sin embargo, no me atrevo a cargar con el gasto que supondría esa compra.

(1) Véase el n.° 48 de esta colección, titulado El Reclamo**,** *del mismo autor. (N. del E.)*

El avión alcanzó la altura deseada, especificada en el plan de vuelo. Baxter niveló, centró los mandos y se relajó en su asiento.

—Puedes invitarme a fumar —sonrió.

—Claro.

El paisaje se deslizaba por debajo de ellos con aparente lentitud. Todavía tenían hora y media de vuelo antes de llegar a su destino. Después de fumar un cigarrillo, Erin abrió su bolsa y extrajo un termo con café, que había hecho preparar en el bar del hotel.

El vuelo prosiguió con cierta monotonía. Una hora más tarde, llegaron a los límites nororientales del desierto de Mojave. Debajo de ellos se extendía una llanura calcinada por el sol. Un poco más adelante, se abría un torturado paisaje de cañones y barrancadas, en las que la vida parecía imposible o poco menos.

—Bien, ya sólo nos queda media hora de vuelo... Erin, propongo que esta noche descansemos en el motel. Si ahora nos dirigiéramos a El Retiro, no llegaríamos en buena forma física y, a fin de cuentas, no creo que importen unas horas más de retraso —dijo Baxter.

—No, creo que no... ¡Mira! —exclamó ella de repente—. Otro avión...

Baxter volvió la cabeza. A unos doscientos metros de distancia, se divisaba un elegante bimotor de turismo, con tren retráctil, pintado en rojo y oro.

El bimotor parecía llevar el mismo rumbo. Baxter desenganchó el micrófono, a fin de llamar la atención al otro piloto, ya que le parecía que la distancia entre ambas aeronaves era un poco corta.

Pero, súbitamente, el bimotor alzó el morro, como si fuese a ganar altura. Unos segundos después, se ladeó de ala y empezó a acercarse al avión pilotado por Baxter.

—¡Se nos echa encima! —chilló Erin, asustada.

Baxter presintió algo siniestro. Antes de que pudiera hacer nada, vio una ventanilla abierta en la cabina del bimotor.

—¡Cuidado, agáchate, Erin! —gritó, en el mismo instante que veía asomar por el hueco el cañón de una ametralladora.

* * *

La reacción de Baxter fue simultánea al chorro de pálidos fogonazos que brotaron de la boca del arma. Justo cuando sonaban los primeros impactos, Baxter pudo elevar el ala derecha, a la vez que metía a fondo el pie del mismo lado y echaba la palanca hacia adelante.

Los proyectiles repiquetearon en el fuselaje del avión. Baxter oyó ruido de cristales rotos, pero no se entretuvo en mirar. Toda su atención se hallaba centrada en salirse de la línea de tiro.

En el instante del ataque, se hallaban a unos tres mil metros. Perdió

cuatrocientos rápidamente y luego maniobró en sentido diametralmente opuesto, intentando situarse justo bajo la línea de fuego de su atacante. Los tripulantes del bimotor no disponían de ametralladoras en el morro, por lo que su -maniobra resultaba correcta.

Con la mano izquierda descolgó el micrófono:

—EK-202 llama a torre de control de Santa Úrsula. Conteste, Santa Úrsula...

Erin gritó:

—¡*Budd,* ahí viene otra vez!

El bimotor descendía en un pronunciado picado, lanzándose como un águila en pos de su presa. Baxter se dijo que el piloto enemigo era un hombre muy hábil, un profesional, seguramente. El, en cambio, era un aficionado, no de los malos, ciertamente, pero ni de lejos podía compararse con su adversario.

La ametralladora tableteó de nuevo, pero la salva de balas se perdió en el vacío, ya que Baxter había ejecutado una frenética maniobra, que lo llevó a situarse, durante unos momentos, boca abajo. Pero el avión no estaba hecho para la acrobacia ni Baxter, por otra parte, tenía experiencia sobre el particular.

El bimotor pasó rugiendo por su lado y viré ceñidamente a unos seiscientos metros de distancia, con las alas en posición vertical. Al nivelar, Baxter pudo ver que el piloto enemigo atacaba, ahora, de frente.

—¡Dios mío! —gimió Erin—. Quieren asesinarnos...

—Eso está visto —dijo él, ceñudo, mientras, a pesar de todo, mantenía obstinadamente la línea de vuelo.

El tirador enemigo hacía fuego por el costado izquierdo. Baxter decidió que debía evitarlo y ladeó su avión hacia la izquierda, a la vez que alzaba él morro, tirando hacia sí de la palanca de mando. Pero el piloto enemigo pareció adivinar la maniobra y corrigió su rumbo en el último instante.

Los dos aviones se cruzaron, las alas rozándose con peligro de una destructora colisión. La ametralladora tableteó una vez más.

Un proyectil agujereó el parabrisas. Baxter oyó unos ruidos nada consoladoras en el morro. De pronto, un chorro de humo negro brotó del motor.

—¡Vamos a arder! —gritó Erin, despavorida.

—Cálmate —dijo él—. Nos han perforado la conducción del aceite, eso es todo. Pero no podemos seguir el vuelo.

Volvió la cabeza un instante. El bimotor parecía haber desaparecido, pero no podía fiarse. Dejó que el aparato perdiese altura, mientras hacía desesperadas llamadas a Santa Úrsula.

—La primera descarga nos averió la radio —anunció, Erin se puso lívida. El suelo se acercaba rápidamente. En todo cuanto alcanzaba la vista, no se veía un solo edificio, ni la menor señal de seres vivientes en las inmediaciones.

—El desierto... —murmuró.

—Han sabido atacar en el momento oportuno —dijo Baxter, mientras volvía la cabeza para contemplar la espesa estela de negro humo que quedaba tras ellos.

El motor, sin embargo, parecía funcionar normalmente. Pero Baxter sabía que no podía seguir así durante mucho rato. Cuando se quedase completamente sin aceite, tendría que cerrar el contacto.

De pronto, cuando estaba a unos cuatrocientos metros, oyó ruido de rateo en el motor. Inmediatamente, cortó el gas. La hélice dio todavía unas cuantas vueltas y se quedó inmóvil.

Ahora ya no cabía otra forma de descenso que el planeo. Por fortuna, el avión era de tren fijo, lo que podía facilitar la maniobra.

«Si encuentro un trozo de terreno adecuado», pensó.

El viento emitía agudos silbidos al ser hendido por las alas. Baxter divisó una pequeña explanada y se aprestó a la toma de tierra.

De repente, oyó un fuerte rugido.

El bimotor pasó atronando el espacio, a cien metros de distancia.

—¡Tienen malas ideas! ¿Eh, Erin? —dijo, al fin de animar a la pelirroja, que parecía profundamente deprimida.

Pero dejó de ocuparse del bimotor, para concentrarse en la maniobra de aterrizaje.

CAPITULO VII

Sacó los *flaps,* con el ángulo máximo, y el avión pareció detenerse un instante en el aire. Erin gritó, creyendo que se desplomaban, pero la velocidad del aparato impidió la entrada en pérdida. En el último instante, Baxter tiró de la palanca hacia sí y el morro se elevó un tanto.

Las ruedas chocaron brutalmente contra la tierra. El aparato saltó y se encabritó como un *bronco.* Sus dos ocupantes resultaron terriblemente zarandeados, mientras el avión corría enloquecidamente por el suelo. De repente, la punta del ala izquierda chocó contra un enorme cactus de tubos de órgano.

El avión giró violentamente hacia aquel lado. La pata izquierda del tren se partió con tremendo chasquido, mientras el cactus resultaba poco menos que pulverizado y sus trozos volaban por todas partes. El ala acabó de quebrarse y el avión se detuvo, finalmente, con lo que parecía el último gemido de un moribundo.

Baxter no perdió tiempo en estériles elucubraciones. Se soltó los atalajes, hizo lo mismo con los de Erin, que daba la sensación de no estar muy consciente, y la sacó a rastras del avión. Inmediatamente, volvió para buscar el equipo de socorro.

Erin había quedado a unos metros, en pie, con los ojos extraviados. Resultaba evidente su estado de *shock.* Cuando Baxter, con el equipo de socorro, corría de nuevo hacia ella, oyó el rugido del bimotor, que se les echaba encima a más de trescientos kilómetros por hora.

—¡Al suelo, Erin! —gritó.

Pero ella no le hizo caso. La ametralladora tableteó. Una hilera de nubecillas de polvo se acercó rapidísimamente a la pareja. Baxter soltó la maleta, manoteó un poco y cayó al suelo.

Lentamente, las rodillas de Erin se doblaron hasta que también quedó tendida sobre el suelo polvoriento. El bimotor hizo un ceñido viraje a mil metros de distancia y luego el piloto lo hizo volver, al mismo tiempo que perdía altura y reducía considerablemente su velocidad.

El avión voló a la velocidad mínima y a unos quince metros del suelo. Su piloto vio los cuerpos inmóviles y sonrió, complacido.

—¡Buen trabajo, Karl! —gritó.

El ametrallador retiró su máquina y corrió el cristal de la ventanilla.

—Te dije que tenía una puntería infalible —dijo, orgullosamente.

El piloto dio gas y el bimotor ganó altura, alejándose de aquel lugar, al que el silencio volvió muy pronto. Momentos más tarde, Baxter alzó la cabeza.

Miró hacia Erin. La periodista aparecía completamente inmóvil.

Una fuerte sacudida recorrió su cuerpo. Poniéndose en pie, caminó hacia la muchacha y la volvió boca arriba.

Erin tenía los ojos cerrados, pero respiraba. Examinó su cuerpo y no

encontró el menor rastro de heridas. Sonrió para sí; el desmayo había sido provocado por una acumulación de emociones, a la que no había sabido resistir.

Por fortuna, el avión no se había incendiado. Pero con la radio averiada y a muchos kilómetros de todo lugar habitado, la situación en que se encontraban no tenía nada de agradable.

* * *

Erin abrió los ojos, lanzó un hondo suspiro y vio a Baxter en las inmediaciones, entregado a una extraña labor.

—*Budd* —llamó,

Baxter se volvió, sonriendo.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué... ha pasado? —Entonces, Erin se dio cuenta de que estaba acostada en el lado de la sombra del avión, sobre una manta—. Nos ametrallaron...

—Y tú te desmayaste y yo me hice el muerto, para que se marchasen y nos dejasen en paz. —Baxter dejó caer el brazado de ramas que había conseguido reunir y se acercó a la joven—. Ahora nos creen muertos, Erin.

—Pero... en Santa Úrsula nos echarán de menos...

—Seguramente, porque ya teníamos que estar tomando tierra. Sin embargo, dejarán, pasar un espacio de tiempo, antes de cerciorarse de que no hemos ido a parar a otro aeropuerto. Cuando vean que no hay noticias nuestras, se iniciará la búsqueda .., cosa que, estimo, no será hasta mañana.

Erin se dio cuenta de que el sol rozaba ya las cumbres de la sierra, hacia el oeste.

—Tendremos que pasar la noche aquí —dijo, aprensiva.

—Claro.

—Hay bestias feroces... Coyotes, serpientes de cascabel, tarántulas...

—Dormiremos en el avión, bien cerrados. Así evitaremos todo peligro.

—Y comida...

—En el equipo de socorro hay algunas provisiones y algunos litros de agua, así como elementos de cura. Es más que suficiente para sobrevivir varios días, sin demasiados padecimientos.

—*Budd,* yo no estoy habituada...

—¿Acaso lo estoy yo? Pero la distancia a Santa Úrsula no puede ser mucho mayor de cien kilómetros. En el caso de que mañana no nos hubieran recogido los equipos de rescate, pasado mañana iniciaríamos la marcha a pie.

—¡A pie! —se aterró ella—. Mi última caminata fue de un par de kilómetros...

—Eres muy decidida para unas cosas, pero apocada para otras —dijo Baxter con acento de reproche. Meneó la cabeza pesarosamente. «Un claro exponente de la vida blanda y muelle propia de esta civilización», pensó.

—*Budd,* pero la culpa no es mía —alegó Erin—. Nunca se me ocurrió que un día podía quedar perdida en el desierto.

—Ni yo tampoco, pero más que tu cuerpo, está perdido tu ánimo y eso es lo que me preocupa, Erin.

—Trataré de ser fuerte...

Baxter sonrió comprensivamente.

—Discúlpame, quizá he estado un poco duro contigo —dijo—. Pero ahora voy a continuar con mi labor. He de reunir leña para encender una hoguera, mañana. Hay todavía bastante gasolina en el tanque de combustible y la utilizaré para prender el fuego y provocar una humareda que se vea desde la mayor distancia posible.

Erin hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Creo que debo ayudarte —dijo.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, ya se me ha pasado... el miedo... Y no estoy sola, a fin de cuentas —contestó ella, forzando una sonrisa.

Baxter le entregó un palo.

—Antes de tocar cualquier rama caída en el suelo, muévela con precaución; podría salir de debajo una serpiente o una tarántula, que se sentirían muy enfadadas al verse molestadas en su cobijo.

Erin se estremeció.

—Lo tendré en cuenta —respondió.

* * *

Para Erin, aquella fue la noche más larga de su vida, no sólo por la incomodidad del asiento inclinado, sino porque constantemente oía ruidos que le ponían la piel de gallina. Los pájaros nocturnos, los aullidos de los coyotes, los chasquidos de seres invisibles que merodeaban en torno al avión, la hicieron pasar despierta la mayor parte de la noche.

En cambio, Baxter, a su lado, dormía apaciblemente, en el mejor de los mundos. Erin le envidió sinceramente; hubiera dado algo bueno por poder conciliar un sueño tan profundo y despreocupado como el de su acompañante. Resignada, tuvo que dejar pasar las horas, con irregulares intermitencias de sueño y vigilia, hasta que vio asomar por oriente los primeros resplandores del alba.

Baxter se puso en actitud apenas despertó. Hizo que Erin comiese un par de tabletas de chocolate, de los víveres de socorro que llevaba el avión, y le dio un pequeño sorbo de agua, algo así como el contenido de una tacita. El comió y bebió en las mismas cantidades.

—Hay que reponer energías, pero también ahorrar provisiones —dijo, al terminar—. Erin, busca más leña, pero recuerda las precauciones que debes tomar.

—Descuida, *Budd.*

—El sol tendrá muy pronto una fuerza increíble. Si tienes en tu equipaje algo parecido a un gorro o, por lo menos, un pañuelo, póntelo en la cabeza.

Erin obedeció aquellas indicaciones, mientras Baxter se entregaba a investigar las posibles causas de la avería de la radio. Rogó para que se tratase de algún cable seccionado, pero cuando pudo poner el transmisor al descubierto, sintió que se le caía el alma a los pies.

—El hijo de perra tuvo buena puntería —exclamó, maquinalmente, en voz alta.

—¿Qué dices, *Budd?* —preguntó Erin, que volvía con un brazado de ramas secas.

Baxter saltó fuera del avión, limpiándose las manos con un pañuelo.

—La bala atravesó limpiamente el transmisor de radio, con los destrozos consiguientes —respondió.

—Entonces, ¿no hay esperanza de reparar...?

—No. Anda, sigue amontonando leña. Yo voy a ver si encuentro la forma de sacar un poco de gasolina del tanque.

Alguna vez, en el transcurso de la mañana, creyeron oír en lontananza el rumor de motores de aviación, pero Baxter no se decidió a pegar fuego a la leña, hasta tener la seguridad de que él, o los aviones de rescate volaban a una distancia apta para poder divisar el humo de la hoguera. Pero las ilusiones se deshicieron poco a poco, a medida que el sol avanzaba hacia el cénit.

Pasado el mediodía, Baxter se decidió a encender la hoguera. Arrojó sobre la leña una buena cantidad de gasolina, prendió fuego a unos trapos empapados en el combustible, situados al extremo de un palo, y lanzó la improvisada antorcha sobre el montón de leña.

A los pocos minutos, una columna de negro humo subía a lo alto. Era un fenómeno ajeno a la naturaleza y alguien, confió, debería verlo a la fuerza.

La hoguera se apagó horas más tarde. Erin, desesperanzada, se había sentado en el suelo, bajo la sombra del ala intacta.

—No vendrá nadie a buscarnos...

—De aquí a Santa Úrsula hay poco más de cien kilómetros. Si fuese yo solo, podría cubrirlos en dos etapas como máximo. Viniendo tú, nos costará el doble y no lo pasaremos bien, pero saldremos adelante.

—No estoy acostumbrada a caminar, *Budd.*

—Sí, eso es lo que suele suceder hoy día.

—No me lo reproches, *Budd;* soy así y no voy a cambiar en sólo unas horas.

Baxter sonrió comprensivamente.

—De todos modos, el instinto de supervivencia es muy fuerte. Trata de entender esto, Erin —contestó.

Llegó la noche y la situación continuaba idéntica. Al amanecer del día siguiente y después de un somero desayuno, Baxter decidió emprender la marcha. Tenía mapas y una pequeña brújula portátil; medios que le

permitirían encontrar la ruta adecuada para llegar a Santa Úrsula.

Examinó el equipo de Erin y la hizo dejar cosas que le parecieron superfluas, incluido un valioso conjunto de cámaras y objetivos fotográficos.

—Dentro de dos horas, te pesarán como el plomo. En Santa Úrsula podrás comprar otra cámara —dijo—. ¡Ah, y ponte unos zapatos de tacón bajo!

—Eres un dictador —se quejó ella.

—Trato de asegurar tu supervivencia —se defendió él.

Minutos más tarde, estaban dispuestos para emprender la marcha. Entonces, repentinamente, escucharon en las inmediaciones el sonido más inesperado que pensaban podía producirse en aquellos parajes.

Era el ruido de un motor de automóvil.

CAPITULO VIII

Baxter reaccionó con rapidez y agarró a Erin por un brazo, llevándola al otro lado del avión, a fin de permanecer ocultos, en caso de que los ocupantes del automóvil resultasen hostiles. De súbito, vieron aparecer al vehículo, surgiendo de una angosta cañada, situada a unos trescientos metros de distancia.

Era un *jeep* y estaba tripulado por un solo hombre. El conductor puso cara de sorpresa al encontrarse con un avión destrozado. Fue tanto su asombro, que perdió el dominio del automóvil durante un instante, pero no tardó en volverlo a la línea recta.

Instantes después, se detenía junto al aparato siniestrado. Era un hombre de unos cincuenta años, bajo, fornido, de rostro tan quemado por el sol que parecía cuero viejo, con barba ya casi blanca y cubierto con un sombrero agrietado en algunos puntos y la badana manchada por el sudor.

Había algunos bultos en la trasera del *jeep,* y también un perro mestizo, que saltó al suelo apenas se hubo detenido el vehículo. El perro empezó a ladrar agresivamente de inmediato.

—¡Cállate, «Tupp»! —ordenó el hombre—. ¡Eh! ¿Hay alguien por ahí? —preguntó, con la mano puesta sobre la culata de un viejo pistolón que colgaba de su cintura.

—Dos náufragos y estamos desarmados —contestó Baxter, a la vez que salía al descubierto, con las manos en alto—. Le aseguro que no tenemos intenciones hostiles, señor...

—Rocky Dix —se presentó el sujeto—. ¡Caramba! —exclamó, al ver aparecer a Erin—. Está usted bien acompañado, amigo.

—Ella es Erin Caldwell, periodista. Yo soy *Budd* Baxter, su acompañante —dijo el joven—. Sufrimos una avería y tuve que tomar tierra a la fuerza, como puede apreciar.

«Tupp», el perro, se acercó a la pareja y los olisqueó sucesivamente. Erin se inclinó para acariciarle la cabeza. El perro pareció sentirse muy complacido del contacto de la mano femenina.

—Esos cacharros suelen llevar radio —dijo Dix.

—También se averió.

Dix se acercó al avión y pasó la mano por un punto del fuselaje. Baxter se dio cuenta de que allí había un par de impactos de bala.

—Una avería muy curiosa —murmuró el hombre.

Baxter prefirió guardar silencio. Dix le dirigió una mirada penetrante.

—Aunque no lo crean, soy buscador de oro —manifestó—. Pero en esta época, el *jeep* sustituye con ventaja al par de burros que debería usar para transportar mi equipo. Carga mucho más y puedo moverme con mayor

rapidez...

—Señor Dix...

—Llámeme Rocky, por favor —dijo el buscador de oro.

—Está bien, Rocky. Necesitamos llegar cuanto antes a Santa Úrsula.

—Y le pagaremos bien las molestias que ello pueda representarle —añadió Erin.

—-Un hombre decente no cobra por sacar a otra persona de un apuro —contestó Dix—. Está bien, suban... El camino no es fácil ni llegaremos en cinco minutos, pero siempre será mejor que viajar a pie, supongo.

—Ha aparecido usted con la oportunidad de un ángel salvador —sonrió Baxter—. Erin, ya puedes recoger todo, lo que te dejabas.

—Sí, *Budd,* ahora mismo.

Momentos después, el *jeep* reanudaba la marcha, a través de un terreno torturado y abrasado por el sol. Baxter preguntó a Rocky si le resultaba rentable la búsqueda de oro,

Dix hizo un gesto ambiguo.

—Me permite vivir independientemente —contestó—. Ya sé que nunca encontraré una veta que me haga millonario, pero me siento agobiado cada vez que entro en un lugar donde hay más de cien personas. Me gusta el desierto, la soledad, el silencio... Tal vez me consideren un chiflado, pero me conformo con lo poco que gano y no tengo que estar sujeto a nada ni a nadie. Eso vale tanto como el mayor tesoro del mundo, creo.

—Sí, es una filosofía muy respetable —convino Baxter, pensativamente, una forma de alejarse del mundo, de sus pompas y vanidades. «Algunos desengañados se refugiaban en el claustro de un convento», pensó; Dix había encontrado su retiro en aquella vasta extensión desértica, donde permanecía constantemente en íntima comunión con la naturaleza.

De pronto, recordó un detalle.

—Rocky, usted que conoce bien la región, ha oído hablar alguna vez de Cathedral Valley?

Las cejas del gambusino se juntaron unos instantes. Después de reflexionar, meneó la cabeza y dijo;

—Eso no está por aquí. Tengo una vaga idea de haberlo oído mencionar y creo que... Sí, me parece que está en la Alta Sierra, en la zona de los secoyas...

—¡Los secoyas! —respingó Erin—. Pero eso está muy lejos... Además, ¿qué tienen que ver con el nombre de ese valle?

—Tal vez más de lo que piensas, muchacha —dijo Baxter—. Piensa en las columnas de una catedral y quizá encuentres la relación apropiada.

Erin asintió, mientras pasaba la mano por la cabeza a «Tupp». Sí, había una relación entre los gigantescos árboles mencionados por Rocky y el nombre que Sue Dittman había escrito antes de morir. Pero esa relación parecía no existir en el caso que les había llevado hasta aquel lugar.

* * *

Al día siguiente, por la mañana, Baxter llamó a la puerta del cuarto que Erin ocupaba en el Golden Land Motel.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Yo. Anda, date prisa...

—Tardaré diez minutos, *Budd.*

—Bien, mientras iré a recepción, para ver si ha llegado alguna carta a mi nombre. —De acuerdo.

Baxter encontró una carta, efectivamente, un grueso sobre, que contenía fotocopias de numerosos recortes de prensa y que le habían sido enviados allí por el director de su agencia. Abstraído en la lectura, no se dio cuenta de que pasaba el tiempo, hasta que, de pronto, alzó la cabeza y miró a su alrededor.

El reloj le dijo que habían transcurrido casi veinte minutos desde la llamada a Erin. Frunciendo el ceño, guardó los recortes en el sobre y volvió en busca de la muchacha.

—¡Erin! —llamó casi a voz en cuello.

—¿Budd?

—Claro. ¿Es que esperas a otro? —preguntó Baxter impaciente.

—Budd, es que...

Baxter hizo girar el pomo, pero Erin había echado el cerrojo por dentro.

—¿Vamos, abre de una vez y déjate de tonterías! —exclamó, irritado.

—No puedo salir, *Budd;* me duele mucho el tobillo que me torcí ayer.

Baxter se quedó de piedra al escuchar aquella incongruente respuesta. Por lo que sabía, los tobillos de Erin se encontraban en perfecto estado. Los golpes recibidos durante la violenta toma de tierra estaban en el muslo izquierdo y el hombro del mismo lado, y no pasaban de simples hematomas, sin complicaciones de ninguna clase. Por lo tanto, aquella excusa no era sino una especie de aviso de peligro.

—Muy bien, no te preocupes. Descansa un poco; ya volveré más tarde. Yo me voy a hora a la Oficina de Telégrafos quiero enviar un par de despachos a Nueva York.

—Hasta luego, *Budd.*

Baxter se retiró hasta la esquina del corredor, tras la que se escondió precavidamente. Momentos después, oyó el ruido de la puerta del cuarto de Erin que se abría con cierta lentitud.

Un hombre se asomó y exploró el corredor. Movió la mano y otro, sujetando a Erin por el brazo izquierdo, salió de la habitación. Flanqueada por los dos individuos, Erin caminó hacia la escalera que conducía a la planta baja.

Entonces, Baxter surgió de su escondite y atacó con la rapidez de una serpiente. El primero de los secuestradores cayó sin saber que el filo de una mano le había golpeado bajo la oreja derecha.

Su compañero, alarmado, se volvió, justo a tiempo para sentir en el plexo solar el impacto de unos dedos rígidos, que le dieron la sensación de que le cortaban el cuerpo por la mitad. Abrió la boca frenéticamente, buscando aire, pero, casi en el mismo instante, dos manos, de canto, golpearon su cuello bajo las orejas y perdió el sentido fulminantemente.

Erin dejó escapar un largo suspiro.

—Lo comprendiste —dijo.

—Sí —sonrió él—. Vamos a quitar a estos tipos de la circulación.

Baxter arrastró sucesivamente a los dos hombres a la habitación de Erin. Tras registrarlos, se hizo con dos revólveres y una navaja automática, armas que fueron a parar debajo de la cama.

—¿Qué te dijeron? —preguntó, mientras se movía incesantemente.

—Tenía que viajar con ellos, aunque no indicaron el lugar de destino —respondió Erin—. Sólo me aconsejaron discreción... y cuando tú llamaste, me ordenaron que te diera una excusa cualquiera para alejarte. Esperaba que recordases el perfecto estado de mis tobillos...

—Y lo recordé —sonrió él, mientras continuaba el registro de las ropas de los frustrados secuestradores. De pronto, sacó algo que llamó su atención —. ¡Caramba ! —exclamó.

—Drogadictos —dijo Erin, al ver la jeringuilla que Baxter tenía en la mano.

—No, en absoluto —contradijo él—. Narcótico, para hacerte dormir mucho rato, hasta que...

Baxter se interrumpió de súbito. Una divertida sonrisa apareció en sus labios.

Momentos después, cada uno de los dos sujetos habían recibido la mitad de la dosis.

—Si tenías que dormir cuatro horas, ellos dormirán dos —dijo, mientras se dedicaba a otra extraña operación—. Erin, anda, aguárdame abajo en el *hall;* no quiero ofender tu pudor con las desnudeces de estos bergantes.

Ella recogió su bolsa de viaje y escapó de la habitación. Baxter apareció en el vestíbulo unos minutos más tarde.

—Ya está —dijo—. Vamos ahora en busca de. un coche de alquiler que nos lleve a Torresola.

—Pero ¿qué les has hecho a los secuestradores? —quiso saber la periodista.

—Están desnudos, en tu cama. Las chicas de la limpieza no tardarán en subir. Los encontrarán dormidos y se armará el gran escándalo. Intervendrá el comisario local y lo menos que hará será acusarlos de inmoralidad. Imagínate el resto.

Erin sonrió.

—Es una buena jugarreta, en efecto —admitió—. Pero no les has preguntado siquiera adonde pensaban llevar me...

—¿Para qué? —Fue la sorprendente respuesta de Baxter—. Lo sé de

sobras, hermosa.

* * *

La carretera serpenteaba por las ásperas laderas del cerro que se alzaba dominante sobre la llanura y en cuya cima se divisaba una edificación de paredes blancas y tejado rojo, contorneada por una alta tapia de mampostería. A medida que se acercaban. Baxter y Erin captaban más detalles del lugar al que Brokowski había denominado El Retiro y en el que vivía allí desde la horrible tragedia que había destrozado su existencia.

El coche se detuvo minutos más tarde en una explanada, que había ante la puerta que cerraba el acceso al recinto tapiado. Baxter paró el motor del coche, se apeó y buscó algo que le permitiera llamar la atención de las personas que residían al otro lado.

Por más que buscó, no encontró nada que se pareciera a un timbre de llamada. Estuvo a punto de gritar, pero, al fin retrocedió, buscó una piedra y la arrojó con todas sus fuerzas contra el recio portón de madera.

Una voz poco amable surgió casi en el acto de un invisible altoparlante:

—Les hemos visto venir. Vuélvanse; el señor Brokowski no quiere recibir a nadie.

Erin se había apeado igualmente del coche y grito:

—¡Quiero que me lo diga él en persona! ¿O es que lo tiene usted secuestrado, señor Larkin?

—El maestro no quiere...

—Señor Larkin, si no me abre inmediatamente, iré al comisario de Santa Úrsula y le acusaré de secuestro. Mañana por la mañana, todos los diarios de Nueva York publicarán la noticia. Si el señor Brokowski no quiere concederme una entrevista, deje que sea él quien me lo diga personalmente. ¿Está claro?

Hubo un instante de silencio. Luego, alguien descorrió los cerrojos y la puerta se abrió.

—Tendrán que permitir que los registre —gruñó el sujeto.

Baxter separó los brazos del cuerpo.

—No llevo armas, pero, adelante, si son sus órdenes —contestó.

El cancerbero hizo un gesto con la mano a los pocos momentos.

—Sigan recto —indicó.

Baxter v la periodista caminaron a lo largo del sendero central, de un jardín que parecía haber nacido por milagro en un lugar tan árido. Un poco más adelante, vieron la murmurante taza de un surtidor, de cuyo centro brotaba el agua constantemente.

Era un vergel hecho crecer en medio del desierto, pero el prodigio habría sido imposible sin la veta de agua que corría quizá a cientos de metros de profundidad. La casa era baja, extensa, de una sola planta, con un porche de arcadas semicirculares v ventanas protegidas por artísticas rejas de hierro.

El suelo del espacioso vestíbulo era de brillantes baldosas de color rojo.

Un hombre salió a su encuentro. Era alto, delgado, de pómulos salientes y tez pálida.

—Soy Larkin, secretario personal del maestro —se presentó.

—Erin Caldwell, del *Sunduy* —dijo la periodista—. Mi acompañante es el señor Baxter.

En alguna parte sonaron, repentinamente, notas de un piano. Baxter, sorprendido, arqueó las cejas.

—Tenía entendido que el maestro ya no quería saber nada de la música —observó.

—El señor Brokowski ya no compone, si es eso a lo que usted se refiere —contestó Larkin glacialmente—. Pero no por ello deja de tocar el piano un par de horas al día.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Erin—. Por favor, ¿quiere conducirnos a su presencia?

Larkin giró un poco, a la vez que movía la mano.

—Por aquí, tengan la bondad.

Erin y su acompañante atravesaron el vestíbulo oblicuamente y pasaron al otro lado de una puerta de madera oscura, hallándose en una vasta estancia en la que se divisaba un gran piano de cola v un hombre sentado ante el teclado, de espaldas a ellos. El pianista, de pronto, suspendió su acción y levantó un poco la cabeza.

—Larkin, aquí hay alguien —exclamó.

—Así es, maestro. Se trata de la señorita Caldwell, del *Sunday* de Nueva York, y de su acompañante, el señor Baxter. Ella quiere hacerle una entrevista para su periódico...

—Larkin sabes de sobra que no concedo entrevistas. ¿Por qué los has dejado pasar?

—Maestro, insistieron tanto, que. al fin, pensé que lo mejor era que recibieran la negativa de sus propios labios. Discúlpeme que haya obrado de esta forma, pero creo que así podrán convencerse de que no invento nada.

—Sí, quizá tengas razón —convino el artista—. ¿Señorita Caldwell?

—Sí, señor Brokowski.

—Lamento que haya hecho un viaje tan largo, pero ha sido un esfuerzo inútil. Por favor, váyanse.

Erin se mordió los labios, sintiéndose terriblemente frustrada. Pero antes de que pudiera decir nada, Baxter levantó una mano:

—Maestro, aunque no quiera conceder la entrevista, ¿no nos permitirá gozar de su arte siquiera unos minutos? Se lo ruego, concluya la interpretación de la pieza que estaba tocando a nuestra llegada —solicitó cortésmente.

CAPITULO IX

Brokowski pareció sentirse muy sorprendido de la insólita petición. Dudó un instante y, al fin, dijo:

—No puedo negarles ese placer, pero sólo unos mi nulos, por favor.

—Gracias, maestro.

El piano volvió a sonar en medio de un absoluto silencio. De pronto, cuando apenas había pasado un minuto, Baxter dio un paso hacia adelante.

—Ha perdido usted facultades, maestro. ¿Por qué interpreta esa sonata en *mi bemol mayor sostenido,* cuando tiene que ser ejecutada en *la menor?*

El piano emitió de súbito una serie de notas discordantes. Erin se quedó atónita. Ella no había notado el menor defecto en la ejecución de la pieza musical.

—Larkin —dijo el pianista—, eche a estas dos personas inmediatamente.

—Larkin, no intente tocarnos siquiera —amenazó Baxter con frialdad —. La orden que acaban de darle no ha sido emitida por el señor Brokowski.

Erin emitió un ligero grito de sorpresa. Luego sobrevino un pesado silencio.

El pianista, que hasta entonces había estado vuelto de espaldas a la puerta, giró lentamente en su taburete. En su mano había una pistola automática y una extraña sonrisa aparecía en sus labios.

—Tiene usted un magnífico oído, señor Baxter —dijo—. Lástima que no pueda seguir disfrutando de ese don concedido por la madre naturaleza.

Erin palideció. Baxter, por el contrario, procuró mantener la serenidad,

—En Santa Úrsula saben que estamos aquí. Si no nos ven regresar a la noche, el comisario empezará a investigar.

—Y encontrará un coche incendiado con dos cadáveres en su interior.

—Y también encontrarán los proyectiles...

—La policía de Santa Úrsula no es precisamente el FBI ni Scotland Yard. El forense se limitará a certificar dos defunciones por accidente; en modo alguno se le ocurrirá buscar rastros de proyectiles de armas de fuego.

—Naturalmente, tampoco buscará el cadáver del maestro.

—*¡Budd!* —exclamó Erin—. ¿Crees que Brokowski está muerto?

Baxter hizo un gesto negativo.

—No se han atrevido a tanto —contestó—. ¿Dónde lo tienen?

El pianista movió la pistola.

—Larkin, vamos a llevarlos a la parte posterior —dijo.

—Está bien —contestó el aludido.

Baxter levantó una mano.

—Por favor, calme mi curiosidad, amigo. ¿Es Steve Harris su verdadero nombre?

—¡Ah, estuvo en el hotel...! —dijo el pianista.

—Sí.

—Bien, puede seguir llamándome así; no es cosa que tenga importancia. —Harris frunció el ceño—. Pero su presencia aquí, señorita Caldwell, resulta, por lo menos, sorprendente.

—Sí, si se tiene en cuenta que ustedes nos creían muertos, después de habernos puesto mil obstáculos, empezando por el ataque con ametralladora a nuestro avión...

—Les creíamos muertos —observó Larkin.

—Fue una lástima que el terreno no permitiese el aterrizaje del otro avión, para que sus tripulantes pudieran comprobar si efectivamente habían muerto —añadió Harris.

—Y esta misma mañana, intentaron secuestrarme —continuó Erin.

—¿Qué les pasó a los muchachos? —preguntó Larkin—. Me siento intrigado...

—Cometieron un error: debieron haber atacado primero al señor Baxter.

—No han actuado bien, lo admito. Dije que procurasen traerla sin que se enterase su acompañante...

—Pero ella no iba a venir aquí, al menos de una manera definitiva —intervino Baxter.

—Prefiero no contestar. ¿Qué ha sido de los muchachos?

Baxter sonrió.

—Repartí entre ellos la mistad del narcótico. Quizá a estas horas han sido encontrados ya en una habitación, desnudos y en la misma cama. El comisario les acusará de homosexualidad y tal vez de drogadictos...

En la cara de Harris apareció de pronto una expresión de inquietud. Larkin movió su mano.

—No temas, son chicos discretos y guardarán silencio —dijo para tranquilizarle.

—De todos modos, ya estamos perdiendo el tiempo —gruñó Harris—. Vamos a la parte trasera...

—Se oirán los disparos —objetó Baxter.

Harris sonrió torcidamente. Sacó un tubo metálico de uno de sus bolsillos y lo acopló a la boca del cañón.

—Así, cualquiera —suspiró Baxter, al ver el silenciador—. Quizá no quieren turbar la tranquilidad del maestro con ruidos intempestivos.

—Quizá —convino Harris. Movió la mano—. ¡Vamos, caminen!

Baxter agarró la mano derecha de Erin y echó a andar detrás de Larkin, que les precedía, abriendo las puertas. De pronto, llegaron a la explanada posterior, desde la que se divisaba un esplendoroso paisaje.

—Ahora comprendo por qué el maestro eligió este lugar para su retiro —dijo Erin.

—Sí, pero por desgracia, no puede disfrutar ya de la contemplación de esta encantadora panorámica —dijo

Baxter—. Aprovéchate, Erin; nos quedan ya unos pocos segundos...

Mientras hablaba, retrasaba deliberadamente el ritmo de sus pasos. Súbitamente, empujó a Erin con la mano izquierda, lanzándola contra Larkin, al mismo tiempo que iniciaba un giro velocísimo, con el brazo derecho extendido, algo inclinado hacia abajo y rígido como un garrote.

Erin y el secretario trastabillaron y acabaron por caer al suelo, en el mismo instante en que la mano de Baxter hacía volar la pistola por los aires. Harris lanzó un rugido de furia.

Era un hombre alto, fornido, bien conservado, que pasaba a Baxter más de diez centímetros de estatura. Sin duda creyó que su peso y envergadura superiores podían hacerle recobrar la iniciativa, aunque fuera sin armas, porque se arrojó contra el joven, tratando de golpearle con el puño derecho en la mandíbula.

Baxter alzó el brazo izquierdo y paró el golpe. A su vez, contraatacó con el canto de su mano derecha, que llegó seca y contundentemente al costado izquierdo de su adversario.

En el rostro de Harris apareció inmediatamente una mueca de dolor. Baxter repitió el golpe. Harris retrocedió, con el rostro desencajado y la boca abierta. Baxter concluyó su devastadora ofensiva, con un salto de casi dos metros de altura y el disparo de su pie derecho contra el mentón del sujeto.

Mientras, oía a sus espaldas una estridente serie de gritos y maldiciones. Una vez tuvo la seguridad de que Harris estaba fuera de combate, giró en redondo.

Erin se había puesto en pie y forcejeaba con Larkin que intentaba reducirla. Ella se defendía, dándole patadas en las espinillas. Larkin vociferaba como un energúmeno, sin conseguir sus propósitos. De pronto, Erin alargó su mano derecha y hundió el pulgar en uno de los ojos de Larkin.

Se oyó un feroz aullido. Larkin retrocedió, con las manos en la cabeza. Erin, convertida en un torbellino, le golpeó con los puños varias veces. Baxter tuvo que cortar la pelea.

—Déjalo —indicó.

Ella le miró, sofocada y jadeante.

—Podías haber avisado...

—Sí, claro, y a ellos también. Debía haber dicho: «Caballeros, cuidado, prepárense para pelear.» ¿Estarías viva aún?

Erin hizo una profunda inspiración.

—Discúlpeme, estoy muy nerviosa...

—No te preocupes.

Larkin parecía despreocupado de todo lo que no fuese su ojo dolorido. Harris yacía en el suelo, completamente inconsciente.

—Entra en la casa y busca cuerdas —ordenó Baxter.

—Sí, ahora mismo.

Minutos más tarde, Harris y Larkin quedaban atados de pies y manos. Baxter atravesó la residencia y agitó una mano en dirección a la entrada.

—¡Eh, venga! —llamó al cancerbero.

El hombre acudió sin mostrar el menor recelo. Cuando quiso darse cuenta, estaba igualmente atado y amordazado.

—Bien —exclamó Baxter a continuación—, ¿qué tal si nos decidimos ahora a visitar al maestro?

—Es la oportunidad de mi vida, aunque nunca habría llegado a sospechar que tuviese tantas dificultades para realizar una entrevista.

—Cuando pases la nota de gastos al periódico, incluye una partida por «sustos, aterrizaje forzoso, extravío en el desierto y ejecución frustrada en el último instante» —dijo el joven, de buen humor.

Momentos después, Baxter abría una puerta de madera oscura y brillante, tallada artísticamente. Al fondo, en la amplia habitación, había un hombre sentado en una gran butaca.

—¿Eres tú, Larkin? —preguntó Brokowski.

Baxter miró a la joven. Erin avanzó un par de pasos.

—Lo siento, señor Brokowski. Soy Erin Caldwell, del *Sunday* de Nueva York y estoy aquí para hacerle una entrevista —declaró.

* * *

Brokowski se estremeció ligeramente, pero no cambió de postura.

—Larkin ha debido decirle, sin duda, que jamás concedo entrevistas a los reporteros, señorita Caldwell —manifestó.

—Lo siento, maestro, pero...

—Por favor, salgan —cortó Brokowski, inflexible.

—¡Ah, sabe que me acompaña alguien!

—En mis circunstancias, todos los demás sentidos se desarrollan extraordinariamente. ¿Quién es el hombre que ha venido con usted, señorita Caldwell?

—*Budd* Baxter, maestro —se presentó el aludido—. Pero es que, además del reportaje, tenemos interés en otros detalles de su vida.

—Mi vida ya no tiene interés para nadie, excepto para mí. Y aún así, hay veces en que pienso que no vale la pena continuar con esta absurda existencia...

—Porque perdió a su esposa.

Brokowski guardó silencio unos segundos. De pronto, lanzó un grito:

—¡Cállese! ¡No me recuerde más aquel infortunado suceso! ¡Váyanse, váyanse ahora mismo...!

—Maestro, no estamos aquí solamente porque la señorita Caldwell pueda conseguir su reportaje, sino para liberarle del secuestro a que le tienen sometido unos desaprensivos.

Se oyó una ruidosa carcajada.

—¡Secuestro! ¿Está loco, señor Baxter? —Exclamó Brokowski—. ¿De

dónde ha salido esa disparatada idea? Mi secretario, Larkin, es hombre que goza de toda mi confianza...

—Si es así, ¿por qué quiso matarnos hace solamente unos minutos?

—Está usted fantaseando impunemente, señor Baxter. Sabe de sobra que soy un hombre indefenso a causa de mi falta de visión. ¿Qué es lo que han venido a buscar? ¿Dinero? Si es así, les daré lo que me pidan y esté en mi mano, y váyanse de una vez...

—Maestro, no queremos dinero. Insisto en que Larkin ha querido asesinarnos, aunque el que iba a ejecutar sus órdenes era Harris.

—¡Ah, ese buen muchacho...! Le gusta mucho la música, aunque es un pésimo ejecutante.

Baxter y Erin cambiaron una mirada. Ya no les cabía la menor duda: Brokowski estaba completamente engañado.

Una conspiración perfecta, pensó el joven. Pero ¿con qué objeto?

—Si Harris le aprecia tanto, maestro, ¿por qué se hace pasar por usted? —preguntó.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Brokowski.

—Cuando llegamos, Larkin nos hizo pasar a la sala de música. Había un hombre tocando el piano y simuló ser usted.

—Eso tiene una explicación muy sencilla: Larkin no quería que te molestasen. Y ahora, por favor, váyanse y déjennos tranquilos.

Baxter vaciló. La ceguera del artista no sería solamente física, se dijo amargamente.

De pronto, Erin dio un paso hacia adelante:

—Maestro, ¿está seguro de que la mujer que murió asesinada hace unos tres años era su esposa?

CAPITULO X

Baxter trató de observar atentamente las reacciones del artista. Lo único que pudo apreciar fue la crispación de sus manos sobre los brazos del sillón en que se encontraba sentado.

—¿Acaso lo duda usted, señorita Caldwell? —preguntó Brokowski tras un prolongado silencio.

—El asalto, seguido del crimen, se produjo a las nueve de la noche. Su esposa había salido de Nueva York hacia San Francisco a las seis de la tarde.

—Había suspendido el viaje, por motivos...

—Su esposa llegó a San Francisco. Tengo pruebas que lo confirman de manera irrefutable.

—Estaba conmigo cuando se produjo el asalto —insistió Brokowski.

—¿Tiene la seguridad plena de que la mujer muerta era su esposa?

—Acababa de verla, hablaba con ella cuando nos atacaron.

—¿De veras cree que era su mujer? Maestro, todo el mundo cree que su ceguera se produjo a consecuencia de la herida causada por la bala que rozó su cabeza y le hizo chocar contra el borde de una consola al caer desvanecido. Pero muy pocos saben que usted, secretamente, había consultado ya con eminentes especialistas en oftalmología, porque estaba perdiendo la visión a consecuencia de un glaucoma incurable. Cuando aquellos ladrones entraron en su casa, usted era ya prácticamente un ciego.

—Aunque fuera verdad, habría reconocido la voz de mi mujer. Después de seis años de matrimonio, ¿cree que me habría engañado otra impostora?

—Sí habló sólo lo indispensable, ¿por qué no? Incluso pudo alegar una momentánea afonía... Usted, como máximo, pudo ver la silueta de una mujer, vestida más o menos con los ropajes de su esposa. Mientras la impostora estaba en su casa, Helga volaba realmente hacia San Francisco.

—Bien, suponiendo que sea cierto todo lo que usted dice, señorita Caldwell, ¿qué objeto podría tener esa impostura, esa suplantación de personalidad?

—Maestro, aunque le duela mucho, debemos volver a los momentos inmediatamente anteriores al crimen. Usted sostiene que su esposa suspendió el viaje a San Francisco. ¿A qué hora regresó a su casa desde el aeropuerto?

—Serían poco más o menos las nueve menos cuarto. Helga dijo que no había querido dejarme abandonado.

—Porque conocía su enfermedad.

—Sí.

—Una afonía puede presentarse casi súbitamente. Tal vez por eso

encontró usted alterada la voz de Helga.

—Hacía bastante mal tiempo y se resfrió en el aeropuerto.

—Eso es lo que le dijo la impostora.

—No tenía por qué dudar de la palabra de mi mujer...

—De la que se hacía pasar por su esposa. Pero a los pocos momentos, irrumpieron los ladrones. Usted dijo que oyó ruidos en el piso superior.

—Sí, debía de ser el ladrón que buscaba las joyas de mi esposa.

—Y el otro disparó contra la impostora y luego contra usted.

—En efecto, así sucedió.

Baxter observó que Brokowski sudaba copiosamente. Resultaba evidente que los recuerdos de aquella trágica noche habían aflorado a su mente con tanta fuerza como si se hubiesen producido la víspera.

—Usted vio, mejor dicho, oyó caer muerta a su mujer...

—Aunque no veía apenas, quise abalanzarme sobre el asesino. Entonces, éste hizo fuego de nuevo. Me desperté en el hospital... y Helga había sido enterrada hacía ya casi dos semanas.

—El cadáver fue incinerado.

—Lo teníamos dispuesto así, en el testamento.

—Cosa que vino de maravilla a los que habían trazado ese plan, ya que el disparo fatal fue hecho directamente al rostro de la impostora, que quedó horriblemente desfigurado y, por lo tanto, inidentificable por los rasgos fisonómicos. Y como llevaba ropas y algunos objetos personales de su esposa, todo el que vio el cadáver, dio por sentado que era ella la muerta y no una impostora.

Los dedos de las manos de Brokowski se clavaron en los brazos del sillón.

—Eso... significaría, de ser cierto, que Helga está todavía viva...

—Así es, señor Brokowski —terció Baxter gravemente—. Helga, su esposa, vive aún.

* * *

Un ronco aullido se escapó de la garganta del inválido.

—¿Dónde está? —clamó—. ¡Quiero verla inmediatamente...!

—Maestro, ¿se ha preguntado por qué, en tres años, no ha dado ella señales de vida?

Brokowski se tapó la cara con las manos.

—No puede ser; ella ha muerto... Me amaba apasionadamente... Nunca me habría abandonado.

—Vive —insistió Baxter.

—Si es cierto, ¿por qué no ha dicho algo? Yo la amaba con todas mis fuerzas... Me habría dolido enormemente, pero si ella estaba enamorada de otro hombre habría procurado comprender... Prefiero que esté viva, en brazos de otro hombre, que muerta • Pero nunca me había dado a entender que yo no

era el único...

—Hay cosas que sólo Helga podrá explicarnos, señor Brokowski.

—¿Cuándo? Quiero ir a verla inmediatamente... —Brokowski lanzó una amarga carcajada—. Ver a mi esposa no deja de ser una metáfora... Por lo menos, oír de sus labios los motivos por los cuales me abandonó.

—Y también le gustará saber por qué alguien se hizo pasar por ella, ¿no es cierto?

—Sí. Tengo curiosidad por saber qué le hizo idear tamaña impostura. Pero antes me gustaría hablar con Larkin.

Baxter cambió una mirada con Erin. —Iré a buscarlo, maestro.

—Yo me quedaré aquí, haciéndole compañía —dijo la muchacha.

Baxter abandonó la estancia y se dirigió al lugar donde había dejado a los tres individuos, atados y cerrados con llave. Tenía ésta en el bolsillo y la sacó, para insertarla en la cerradura.

Apenas había abierto la puerta, algo voló con tremenda fuerza contra su rostro.

Era hombre de rápidas reacciones, pero también cometía errores. Aunque logró desviarse un tanto, no pudo esquivar por completo el impacto del jarrón que, al darle de lleno en la sien derecha, le hizo perder instantáneamente el conocimiento.

* * *

Erin charlaba con Brokowski, intentando distraer su atención, a la vez que procuraba sonsacarle, a fin de obtener más material para su reportaje, cuando le pareció oír un ruido extraño. Un tanto alarmada, se disculpó ante el compositor y se dirigió hacia la puerta, que se abrió antes de que pudiera tocar el pomo.

Una mano se puso sobre su boca, a la vez que el recién llegado le enseñaba una pistola. Erin creyó desfallecer de miedo.

—No diga nada o la mato aquí mismo —ordenó Harris en voz baja.

Pero el esbirro no había contado con el oído altamente desarrollado de Brokowski.

—¿Quién hay ahí? —exclamó desde su sillón—. ¿Qué sucede, señorita Caldwell?

—Dígale que no pasa nada, que todo está en orden...

La mano de Harris se separó de la boca de Erin. Ella alzó la voz:

—No se preocupe, maestro, no es nada de particular.

—Vaya a buscar a Larkin y tráigalo ahora mismo, por favor —pidió Brokowski.

Erin tenía los ojos fijos en Harris y le vio hacer un gesto de asentimiento. Entonces, dijo:

—Está bien, maestro; voy a buscarlo.

Harris tiró de su brazo y la sacó fuera de la habitación. Linos segundos más tarde, Erin creyó desmayarse de nuevo al ver a Baxter tendido boca abajo en el suelo, completamente inmóvil.

—No te alarmes, guapa —dijo Harris, aviesamente—; sólo ha perdido el conocimiento.

Erin adivinó que los tres hombres habían conseguido desatarse. Ahora, se dijo, ya no tenían salvación.

Harris quedó en la puerta, vigilándola con la pistola. Larkin y el vigilante de la entrada no aparecían a la vista.

Transcurrieron algunos minutos. En el suelo, Baxter empezó a rebullir, aunque resultaba evidente que no había recobrado por completo la consciencia. Larkin, apareció inesperadamente.

—He hablado con él —manifestó.

¿Y...?

—Debemos retenerlos aquí hasta que ordene.

—Tendríamos que liquidarlos... —dijo Harris rabiosamente.

—Haz lo que se te manda y no te preocupes de más. Para eso se te paga, ¿no crees?

—Sí, pero el que corre los riesgos soy yo. Y tú también, no lo olvides.

Larkin se encogió de hombros.

—De todos modos, si sucediera algo, él nos sacaría de apuros —contestó.

De repente, se oyó la voz de Brokowski:

—¡Larkin! ¡Larkin! ¿Dónde estás?

—Aquí, señor. ¿Desea algo?

Erin sintió que la boca de la pistola se apoyaba en su pómulo derecho.

—Ni una sola voz o haré fuego —amenazó Harris en tono muy bajo.

La joven oyó el *tap-tap* de un bastón. Debido a su ceguera, Brokowski necesitaba usar un bastón para evitar tropezones inoportunos.

—Larkin —insistió.

—¿Señor? —dijo el mayordomo.

—He hablado con los visitantes. Aseguran que mi esposa está viva, que fue otra la mujer que murió cuando asaltaron mi casa hace tres años...

—Señor, yo no me encontraba a su servicio en aquella triste ocasión, por lo que no tengo elementos de juicio para formular una opinión concreta. Pero sí me precio de conocer bastante bien a la gente y estas dos personas no son sino desaprensivos que han entrado aquí, mediante artimañas y trucos deshonestos y repugnantes, a fin de hacerle objeto de una estafa. Seguramente, tenían pensado pedirle una suma, para hacer investigaciones acerca del paradero de su esposa, y luego, una vez conseguidos sus propósitos, habrían desaparecido sin dejar rastro... excepto el de la cruel desilusión que usted, sin duda, habría sufrido.

Erin se quedó con la boca abierta al escuchar aquella astuta parrafada. A su derecha, Harris sonreía satisfecho.

Brokowski pareció sufrir una gran decepción.

—¿Lo crees así, Larkin? —preguntó débilmente.

De pronto, Erin adelantó un paso impulsivamente.

—Maestro, si somos unos estafadores, como dice el señor Larkin, entonces, ¿por qué intentaron secuestrarme esta mañana, en el motel? Pregúntele a su secretario dónde están los dos hombres que envió a raptarme...

—No haga caso a esta demente, señor —exclamó Larkin abruptamente —. Trata de confundirle, créame. No sé nada de esos dos hombres...

—¿Está seguro, Larkin? —sonó de pronto una voz en la entrada.

Harris se volvió y lanzó una aguda interjección. El recién llegado vestía camisa de color crema y llevaba una estrella de metal en el pecho. En su mano derecha brillaba el metal de un revólver.

—Suelte esa pistola, Harris —ordenó el recién llegado—. En cuanto a usted, Larkin, debo decirle que los dos hombres que intentaron secuestrar esta mañana a la señorita Caldwell han declarado haber obrado por órdenes suyas.

—Luego... es cierto... —dijo Brokowski entrecortadamente.

—No le habíamos mentido, maestro —aseguró Erin con voz firme.

CAPITULO XI

La inesperada aparición del comisario de Santa Úrsula, con uno de sus ayudantes, que se encargó de esposar a los tres individuos, tenía a Erin llena de perplejidad. Pero pronto tuvo una explicación, cuando Baxter, recuperado, se sintió en condiciones de hablar.

—Estuve conversando con el comisario esta mañana, muy temprano, y le conté lo que sucedía —dijo—. Es un hombre muy inteligente y hacía tiempo ya que sospechaba sucedían cosas raras en El Retiro. Pero, naturalmente, no podía intervenir, porque no tenía pruebas concretas de un posible delito. Hasta esta mañana, claro.

—Sí, pero ¿qué le hizo aparecer tan oportunamente? —preguntó Erin.

Baxter trató de sonreír, pero le salió una mueca. Para reducir la inflamación del golpe, se había aplicado una toalla empapada en agua fría y hablaba con cierta dificultad.

—Bueno, yo le fijé un plazo para aparecer en su oficina —continuó—. Cuando vio que el tiempo pasaba y que no dábamos señales de vida, decidió acercarse a Torresola.

El comisario hizo su aparición en aquel momento.

—Señor Brokowski, tengo arrestados a esos tres hombres —informó—. ¿Desea formular una acusación contra ellos?

Brokowski vaciló. Baxter movió una mano.

—Maestro, Larkin administraba sus bienes —dijo.

—Sí, es cierto.

—Entonces, la acusación será de estafa y robo. No será difícil demostrar que se ha apropiado de cantidades ilegalmente. En cuanto a Harris, bien, se le puede acusar de intento de secuestro, cosa que usted mismo, comisario, ha podido comprobar personalmente.

El representante de la ley hizo un gesto afirmativo.

—Los encerraré en la cárcel —afirmó—. Pero ¿qué van a hacer ustedes? —quiso saber.

—Yo tengo, que hacer un viaje, a fin de visitar a cierta persona, aunque espero estar de vuelta dentro de un par de días como máximo —respondió el joven.

—Y yo quiero ir contigo...

Baxter meneó la cabeza.

—Te quedarás aquí hasta mi regreso —dijo—. El maestro necesita una persona que cuide de él.

—Pero yo tengo que hacer un reportaje...

—Erin, el trato que hicimos fue que debías llegar a Torresola, para entrevistar al maestro. Si vienes conmigo, no podrás hablar con él como desearía tu director.

Erin suspiró resignadamente.

—Está bien, me quedaré —accedió.

Baxter se volvió y tomó la mano derecha del compositor.

—Maestro, Erin es una chica excelente —dijo. Se volvió hacia la periodista—. Por alguna parte, sospecho, hay una emisora de radio. Ahora la buscaré y la dejaré preparada para que puedas recibir mis llamadas en cualquier momento.

—¿Tus llamadas? —se extrañó Erin—. ¿Desde dónde, *Budd?*

—Desde Cathedral Valley —respondió el joven firmemente.

* * *

El coche se detuvo a la entrada de aquel pequeño valle, por cuyo centro corría un arroyo que, desde la altura a que se encontraba Baxter, parecía una cinta de planta. Gigantescos secoyas, algunos con alturas de más de cien metros, poblaban aquel lugar. Los rayos del sol penetraban difícilmente a través de la bóveda vegetal y su resplandor provocaba contraluces semejantes a los originados en una catedral gótica. Allí no había vitrales policromados, pero el efecto le pareció a Baxter infinitamente superior en belleza.

Aquella catedral no era obra de los hombres, pensó, presa de una singular emoción. Alguien, Todopoderoso, había iniciado su construcción varios milenios antes. Baxter sabía de la existencia de secoyas que, incluso, eran árboles ya adultos cuando algún esclavo judío cortó el madero con el que se haría la Cruz que luego sería usada en el Gólgota.

Muy a lo lejos, se adivinaba, rompiendo en parte el delicado equilibrio visual, la mancha blanca de una construcción. Tras unos segundos de vacilación, Baxter soltó el freno y, con el motor parado, inició el descenso de la pendiente, hasta hallarse situado a unos trescientos metros de la casa.

Aprovechando el último remanente de velocidad, apartó el coche del camino, dejándolo oculto por el tronco de un secoya que no medía menos de tres metros de diámetro. Luego se apeó y, pisando aquella espesa alfombra de pinochas, avanzó hacia la blanca tapia que contorneaba la posesión.

El recinto, calculó, tenía unos trescientos metros de lado y se hallaba situado sobre una especie de plataforma, que estaba a unos cien metros sobre el fondo del valle. Era un lugar ideal para retirarse y gozar de la naturaleza en una atmósfera sosegada y de absoluta tranquilidad. Pero también, estimó, había un inconveniente. En los días de tormenta, las altas copas de los secoyas debían atraer los rayos como la miel atrae a las moscas. Una tempestad eléctrica en aquel lugar no debía de tener nada de agradable.

La tapia no era demasiado elevada. En realidad, servía más bien para delimitar la propiedad. Su dueño, calculó Baxter, debía de sentirse- muy seguro en aquel lugar. Al otro lado, se divisaba una casa de estilo colonial español, construida con recios sillares de piedra. Alguien había sabido gastarse el dinero para conseguir aquel edificio de singular atractivo.

Pero la construcción había costado muchos secoyas, los cuales habían debido ser talados sin piedad. Un capricho absurdo... le pareció que se había

cometido un asesinato múltiple, todo por conseguir el placer de tener una casa en aquel lugar.

La entrada se hallaba en el otro lado y ni siquiera intentó buscar la puerta. Alzó las manos y las apoyó en el borde de la tapia, pero casi en el acto, una fuerza invisible lo derribó hacia atrás.

Aturdido, sacudió la cabeza. No había oído ladridos de perros, por lo que debió haber pensado en algún sistema de defensa de la propiedad. Por el borde de la tapia corría un hilo electrificado, invisible desde el exterior.

Al cabo de unos momentos, logró rehacerse. Tendría que buscar otro medio para entrar en la casa, se dijo. ¿La puerta?

Caminó a lo largo de la tapia. Cuando al fin daba vuelta a la esquina, vio correr hacia él a dos hombres armados con sendos revólveres.

Inmediatamente, levantó las manos.

—No estoy armado —exclamó.

—Eso le salva la vida —dijo uno de los guardianes—. Ponle las esposas, tú —ordenó a su compañero.

—No se privan de nada —comentó Baxter, sarcásticamente, al sentir en sus muñecas el frío contacto del metal.

Una mano le empujó hacia adelante con rudeza.

—Camine —ordenó el sujeto.

* * *

El jardín que había en torno a la casa era un regalo para la vista. El contraste resultaba tanto más acusado, al hallarse rodeado por los gigantescos secoyas, que formaban casi un muro de enormes columnas vegetales en todo su contorno. Momentos más tarde, Baxter atravesaba un espacioso vestíbulo, lujosamente decorado, **y** entraba en una amplia sala, cuyas paredes estaban casi completamente cubiertas por estanterías repletas de libros.

Frente a la entrada, había una gran chimenea de piedra. Junto a ella, en pie, con las manos a la espalda, había un hombre que sonreía de un modo casi cordial.

—Volvemos a vernos, señor Baxter —dijo el hombre, que vestía una chaqueta corta, de terciopelo color vino, con pañuelo de seda al cuello—. Francamente, casi le estaba esperando, a pesar de que hice todo lo posible por evitar este encuentro.

—Fueron sus secuaces los que trataron de evitarlo, señor Conover —contestó el joven, impasiblemente—. Y aunque lo hicieron bastante bien, pude ganar la partida...

—Hasta ahora.

—Todavía no está concluida.

—Se ha acabado ya.

Baxter hizo un encogimiento de hombros.

—Siempre respeto las opiniones contrarias —dijo—. Pero, si se ha

acabado la partida, ¿por qué me mantiene atado?

Alzó las manos esposadas y Conover sonrió, al mismo tiempo que hacía un gesto.

—Quítale las esposas, Ross —ordenó. —Bien, señor.

Las manos de Baxter quedaron libres. Maquinalmente, se frotó las muñecas, mientras Conover ordenaba a los vigilantes que permanecieran fuera, pero al alcance de su voz.

—No me fío aún del señor Baxter —añadió.

Los dos hombres se quedaron a solas. Conover destapó un frasco de cristal tallado y llenó dos copas.

—Vamos a brindar por el final de la partida —propuso.

Baxter meneó la cabeza.

—No he venido aquí a beber, sino a llevarme a la señora Brokowski, a la cual tiene usted secuestrada desde hace tres años —declaró, tajante.

Conover le miró burlonamente.

—¿De veras cree que la tengo secuestrada? —preguntó.

—Lo mismo que su esposo... pero el maestro está ya libre. Larkin, Harris y los demás, están en la cárcel de Santa Úrsula.

Conover acusó el golpe.

—De todos modos —dijo envaradamente—, no podrán complicarme... y aunque así fuera, tengo medios más que sobrados...

—Sí, dinero en abundancia. Y una magnífica red de información, que le permitió conocer cada uno de nuestros pasos, desde el primer instante en que la señorita Caldwell habló con Larkin y le *amenazó,* valga la palabra, con obtener la entrevista a cualquier precio. Usted se dio cuenta entonces, ya que conocía la fama de la señorita Caldwell, de que el maestro podía romper su palabra de no recibir jamás a los periodistas, y que ello podía alterar unos planes que, hasta el momento, justo es reconocerlo, se habían realizado con milimétrica precisión. Por eso empezó contratando los servicios de la agencia Barris & Dittman, ya desaparecida, por fallecimiento de sus dos componentes. ¿A quién hemos de acusar del asesinato de los dos socios, señor Conover?

—Supongo que a Harris, pero ¿encontraría usted las pruebas, señor Baxter? —respondió el millonario desdeñosamente.

—Sería cuestión de buscarlas, y éste es asunto que compete a la policía. A mí me interesa más la señora Brokowski.

—Para devolverla a los amorosos brazos de su esposo.

—Exactamente.

—No lo conseguirá, señor Baxter.

—¿Por qué?

Una extraña luz apareció en los ojos de Conover.

—Porque la amo —respondió llanamente, sin el menor énfasis.

* * *

Baxter vio encima de la mesa una cigarrera y tomó un cigarrillo, que encendió el mismo Conover.

—Sí, la amo... Ha habido muchas mujeres en mi vida —declaró el millonario casi a continuación—, pero ninguna como Helga. Apenas la vi por primera vez, me enamoré de ella como un colegial. A partir de entonces, todas las demás mujeres dejaron de existir para mí. Fue... es algo que usted no podría comprender, por muchos años que transcurriesen, señor Baxter.

—Y por eso la secuestró... y desde entonces, la ha mantenido en esta especie de jaula dorada, con barrotes de cien metros de altura...

—¡Oh, no! A veces hemos hecho excursiones por el mar, en mi yate. Pero todos mis servidores son absolutamente fieles y jamás, ni uno solo de ellos, dejó traslucir la verdad. Comprenderá que Helga no podía permanecer aquí siempre, como una monja de clausura. Pero, generalmente, sus salidas son muy escasas.

—Se podrían contar con los dedos de una mano y aún sobrarían —dijo el joven, sarcástico.

—Indudablemente, pero hay algo que me gustaría saber.

—Dígalo y, si lo sé, se lo explicaré.

—¿Cómo me relacionó con Helga?

—Usted conoce mi agencia. Me bastó repasar todos los recortes que hablaban de usted y de los que, naturalmente, tenía una copia en los archivos. Hice que me enviaran fotocopias a Santa Úrsula y así supe que, en cierta ocasión, se había producido un incidente entre usted y Brokowski, por culpa de Helga, precisamente.

—Sí, yo la cortejé —admitió Conover—. Pero ella estaba enamorada de su esposo y me rechazó siempre. No quería ni oír hablar siquiera de un posible divorcio...

—Y entonces, después de las fricciones con el esposo, y cuando usted se convenció de que, digamos por las buenas, no conseguiría nada, se trazó otro plan, que es el que llevó a la práctica.

—Justamente. Y, todo hay que decirlo, ayudado en parte por el propio Brokowski, con su afición a retirarse de cuando en cuando a Torresola. Yo sabía que si creía a Helga muerta, se iría allí.

—Y, para mayor seguridad, decidió que el personal que lo cuidaba estaría bajo sus órdenes directas.

—Una útil precaución, ¿no le parece?

Conover volvió a servirse otra copa y contempló, el vino ambarino al trasluz.

—Han sido tres años maravillosos —dijo con voz evocadora—, y pienso que continúen, hasta el fin de mis días. Se me ha considerado siempre como el hombre que lo conseguía todo, que hacia incluso las mayores excentricidades. Cuando me enamoré de Helga, decidí que también la conseguiría.

—La mayor dificultad, a mi entender, estriba en hacer que viajase a San

Francisco. ¿Cómo lo logró?

—Yo estaba enterado de la dolencia de su esposo. Durante cierto tiempo, hice que le llegasen rumores de que había un médico que podría curarle la vista. Helga sabía que era imposible, pero, por desconfianza, hizo el viaje, a fin de adquirir informes sobre el terreno. Cuando llegó aquí, se enteró de la tragedia..., pero, naturalmente, los que habían ido a esperarla, en nombre del supuesto médico, eran mis hombres.

—Y ella vino aquí...

—Destrozada, como puede comprender. Pero el tiempo todo lo cura, amigo Baxter.

—Porque no sabe que su esposo vive todavía. ¿Cómo se las arregló usted, no ya para contratar a la mujer que debía morir siendo Helga, sino para hacer creer a la auténtica Helga que su esposo también había muerto?

Conover sonrió desdeñosamente.

—¿Es tan difícil hacer componer algunos diarios, *retorciendo* un poco la noticia? —contestó significativamente.

—Claro, ella leyó esos falsos periódicos y creyó que su esposo estaba muerto. Pero ¿no le remuerde la conciencia, por haber enviado a una mujer a la muerte?

Conover hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Era una vulgar prostituta, a la que hice instruir previamente. Ella creía que iba a pasar unos días junto al famoso compositor. La pagué bien y ya no vio más que el fajo de billetes que la entregaron. Su cuerpo, identificado como el de Helga, fue incinerado posteriormente...

—Y así, cada uno de los dos cónyuges, creyó que el otro había muerto.

—A decir verdad, Brokowski tenía que morir también, pero mi *enviado especial* falló con él. Le dejó por muerto y ya no podía arriesgarme a una segunda intentona, puesto que todo había sido planeado como obra de unos vulgares ladrones. Claro que tampoco me importó demasiado ese fallo, poique sabía la afición de Brokowski a retirarse a Torresola, como creo haberle dicho.

—Sí, me lo ha dicho. Entonces, Helga leyó la noticia en que sólo aparecía muerto su esposo...

—Y se convirtió en mi mujer —declaró Conover.

CAPITULO XII

Baxter guardo silencio unos instantes, mientras reflexionaba acerca de lo que debía hacer a continuación. Conover alzó una mano, como si le adivinase el pensamiento.

—Es inútil —dijo—. Helga no le creería.

—¿Por qué no la llama y me deja que hable con ella? —propuso Baxter.

Conover sonrió.

—¿Me toma por tonto? —contestó.

—Señor Conover, debo advertirte una cosa: Brokowski sabe que Helga está viva. El segundo matrimonio, por supuesto, no tiene validez legal, ya que el esposo vive todavía. Y junto a Brokowski, está la periodista, que divulgará la verdad de lo sucedido. Aunque ahora me matase, no podría evitar ya la publicidad, sobre todo, cuando Larkin y Harris y los demás están en la cárcel de Santa Úrsula. En El Retiro no hay teléfono, pero sí radio. Erin Caldwell habrá podido ya contactar con su periódico, para anticipar las primicias del reportaje. Por favor, resígnese a la derrota y deje que Helga vuelva junto al hombre a quien ama realmente.

Los ojos de Conover despidieron chispas de fuego.

—¡No, jamás! —tronó—. Esa mujer es mía... Es la única por la que he perdido la cabeza... Nunca permitiré que salga de aquí...

—Conover, su inmensa fortuna le permitió realizar siempre todos sus caprichos, por absurdos que fueran. Pero ahora ya está vencido...

—¡ Helga me ama también! —gritó el millonario descompuestamente.

—Si conociese la verdad, lo odiaría. —No, no, me ama...

—Tarde o temprano, lo sabrá todo. La Policía acabará por venir aquí y usted sabe lo que esto significa. Todo su dinero no servirá para evitarle una larga condena, por secuestro... y mientras tanto, saldrán a relucir los crímenes que se cometieron por orden suya. Repito que debe resignarse a ser perdedor y dejar que Helga vuelva al lado de su esposo.

Conover movió la cabeza varias veces.

—No, nunca, nunca lo permitiré —insistió.

Baxter se dio cuenta de que se hallaba ante un hombre dominado por una absoluta obsesión. Una persona en tales condiciones, no era ya capaz de razonar con coherencia y podía cometer los mayores disparates.

—Llame a Helga —repitió.

La puerta de la estancia se abrió súbitamente. —No es necesario, lo he oído todo —dijo Helga Brokowski.

* * *

Sobrevino un profundo silencio, durante el cual los protagonistas de la escena se contemplaban mutuamente. En silencio, Baxter admiró la singular

belleza de Helga. Debía de contar unos treinta y dos años, calculó, pero parecía tener seis o siete menos. Con los largos cabellos rubios sueltos, casi hasta la cintura, y el vestido azul claro, de flotantes velos, que llegaba a los pies, era, para Baxter, una reencarnación viviente del *Hada de los Bosques.*

Y comprendió perfectamente que Conover hubiese enloquecido por aquella mujer. En la mente y en el corazón del millonario, Helga había borrado por completo, a todas las demás mujeres.

—Helga... —dijo Conover, débilmente.

—Nunca te amé, aunque llegué a apreciarte —manifestó ella—. Pero lo que acabo de escuchar...

Se volvió hacia Baxter.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Rigurosamente verídico, señora.

—Le vi llegar desde la ventana de mi cuarto, esposado y entre dos hombres armados, cosa que aquí no había sucedido jamás —explicó Helga—. Por eso me sentí intrigada y quise averiguar qué era lo que pasaba.

—Ya lo sabe, señora —dijo Baxter.

Conover parecía aturdido por el inesperado cambio que se había producido en la situación.

—Helga, sabes que yo te amo... —suplicó, a la vez que alargaba las manos.

—Lo siento —respondió ella—. Pude resignarme a lo que yo creía una tragedia y si accedí a convertirme en tu esposa, ignorando que la boda fuese una comedia, fue porque te apreciaba y sabía tu cariño hacia mí. En aquellos momentos, necesitaba protección y afecto y tú podías dármelos..., pero Wlad está vivo y es él a quien amo —concluyó, con acento que no admitía la menor duda sobre sus sentimientos.

Conover se enderezó.

—Helga, piénsatelo bien —dijo--. Trata de reflexionar. Procura ser sensata...

—No, Symrnon.

—Lo siento por ti... y por el señor Baxter.

Helga se alarmó.

—¿Qué piensas hacer? —exclamó.

—Hay en el mundo cientos de lugares donde podemos escondernos, sin que nadie nos encuentre jamás, sitios donde el brazo de la ley, por largo que sea, no llegará nunca. Allí nos iremos tú y yo, Helga, y para siempre —respondió Conover.

—No te seguiré...

Conover sonrió desdeñosamente.

—Pronto tendrás ocasión de comprobarlo. —Alzó la voz—: ¡Ross, Evans! —llamó.

Los dos guardias, con los revólveres en las manos, irrumpieron en la sala.

—Estos hombres me obedecen ciegamente —añadió el millonario—. Harán todo lo que yo les ordene, ¿no es así?

—Sí, señor —contestaron, a dúo, los esbirros.

—La señora y yo nos vamos inmediatamente. Ustedes se quedarán aquí, vigilando al intruso, durante veinticuatro horas. Déjenlo marchar, pasado ese plazo. —Conover se volvió hacia Baxter—: No se quejará de mi generosidad, supongo —añadió, irónico.

—No podrá ir muy lejos —aseguró el joven, tranquilamente.

—Y si se marcha, se irá sin mí —exclamó Helga.

—¡Por Dios, Helga! —gritó Conover—. ¿Es que no lo comprendes?

—Tú eres el que no comprende nada — respondió ella.

De súbito, Helga, con movimiento absolutamente imprevisible, se apoderó de uno de los revólveres. Evans, que era el despojado, quiso reaccionar, pero ya era tarde.

Helga apoyó la boca del arma en su pecho.

—Antes de seguirte, .me mataré —dijo.

* * *

Baxter fijó la vista en Conover, quien tenía la boca abierta, en un gesto de estúpido asombro. Resultaba evidente que las palabras que acababa de escuchar habían provocado en el millonario un *shock* anímico, que no parecía capaz de superar. Baxter se dijo que Cono ver había llegado a una situación crítica, de imprevisibles consecuencias.

En tal estado, aquel hombre era capaz de los mayores disparates. Por lo tanto, se imponía actuar antes de que fuese demasiado tarde.

Bruscamente, giró hacia su izquierda y movió la mano con gesto fulgurante. El filo cayó sobre el antebrazo de Ross, de cuyos labios se escapó un grito de dolor, a la vez que el revólver volaba por los aires.

Helga, asustada, retrocedió, olvidada momentáneamente de sus propósitos. Evans reaccionó y se arrojó contra el joven.

Baxter ejecutó una veloz llave de *judo.* Evans voló por los aires, cayó sobre la mesa y resbaló con tremendo impulso, arrasando cuando encontraba a su paso, hasta caer al suelo con fuerte golpazo. Aturdido, quedó en el mismo sitio, gimiendo sordamente, fuera de combate.

Ross había salido también de su estatismo y, de un salto, se abalanzó sobre su revólver, que empuñó con mano resuelta. Helga parecía petrificada por el terror, perdida ya la resolución de que había hecho gala momentos antes.

El revólver apuntó al cuerpo de Baxter, quien, de un salto, se lanzó hacia adelante, a la vez que movía el brazo izquierdo en semicírculo. Su mano golpeó de nuevo el mismo antebrazo, haciéndolo girar en sentido contrario.

El golpe provocó el espasmo en el índice de Ross. Se oyó un enorme estallido y un chorro de humo brotó de la boca del arma.

Conover lanzó un grito agudísimo y se llevó las manos al pecho. Ross, aturdido por lo que había hecho, se quedó desconcertado, sin saber qué hacer. Baxter aprovechó la ocasión y lo desarmó, retorciéndole la muñeca. Luego alzó el codo derecho y golpeó la mandíbula del sujeto, dejándolo sin sentido instantáneamente.

En aquel momento, Conover doblaba las rodillas. Apoyó una mano en el suelo para evitar la caída, pero las fuerzas le fallaron, de pronto, y rodó de costado.

—Helga... —gimió.

Baxter se acercó a la mujer y le quitó el revólver. Luego la empujó suavemente hacia un sillón.

Helga se sentó, con los ojos morbosamente fijos en Conover. Baxter tenía la seguridad de que ella estaba saliendo de un mal sueño.

Evans se levantó torpemente. Ninguno de los dos esbirros hizo el menor gesto ofensivo.

—En alguna parte debe de haber un teléfono —dijo Baxter—. Llamen a la Policía. Diremos que fue un disparo accidental... a menos que prefieran ser juzgados como cómplices de un secuestro.

La elección no ofrecía dudas para los dos hombres. Evans salió de la habitación. Con el rabillo del ojo,

Baxter vio en la puerta a un par de mujeres, seguramente pertenecientes a la servidumbre.

De pronto, Conover se movió un poco.

—Helga...

Baxter miró a la joven y la hizo una seña con la cabeza. Ella se levantó, para arrodillarse juntó al caído.

—Yo... te amaba... —jadeó Conover, buscando su mano—. Fuiste para mí... la única mujer. .

De repente, todo su cuerpo fue sacudido por una terrible convulsión. Brotó un poco de sangre de su boca y su cabeza se dobló a un lado.

Baxter tomó a Helga por la cintura y la apartó de aquel lugar, llevándola hacia la puerta

—Atiendan a la señora —ordenó a las doncellas.

—Venga con nosotros, señora —dijo una de las mujeres.

Evans regresó a los pocos minutos.

—He avisado a la Policía, señor —informó—. Tardarán todavía una hora en llegar; esto queda muy lejos y... Pero, dígame, ¿es cierto que se trataba de un secuestro?

Baxter asintió.

—Sí, lo fue —confirmó—. Un secuestro doble —añadió—. Pero ahora, los secuestrados están libres.

* * *

Estaban en el gran salón, conversando a media voz. Una de las doncellas había servido café. Helga había recobrado los colores y, aunque seguía afectada por lo sucedido, tenía un aspecto infinitamente mejor.

Baxter le había explicado sucintamente todo lo que había pasado durante aquellos años. Helga dijo:

—Nunca creí que él fuese capaz de una iniquidad semejante. Sin duda, estaba loco...

—Por usted, señora. Pero más que locura, era una obsesión de la que no podía desprenderse. Sólo la muerte pudo librarle de esa obsesión.

—Sí —murmuró ella—. En medio de todo, y en otros aspectos, no puedo tener queja de él. Era amable, gentil, atento... Cualquier cosa que se me apetecía, llegaba casi instantáneamente...

—Pero ¿no se le ocurrió nunca que resultaba muy extraño que la tuviese aquí, prácticamente enclaustrada?

—Bien, a veces salíamos en su yate... y, por otra parte, éste es un lugar muy hermoso. Una vez pude superar la crisis ocasionada por la noticia de la muerte de Wlad, me encontré aquí muy a gusto. Siempre he sido un poco retraída, ¿comprende?

—Sí, y él lo sabía —murmuró Baxter—. Pero mató por conseguir lo que más ambicionaba en este mundo, sacrificó a su codicia a todo el que se interponía en la consecución de sus caprichos... Personas inocentes murieron por su culpa, no lo olvide, Helga.

Sonrió.

—Aunque, me imagino, pronto lo habrá olvidado —añadió.

De pronto, se oyó un claxon en el exterior. Baxter volvió la cabeza.

Un coche acababa de detenerse frente a la casa. Con enorme sorpresa, vio a Erin que se apeaba del vehículo y daba la vuelta, para abrir la portezuela del lado derecho.

Erin alargó su mano. Un hombre, con los ojos cubiertos por unas grandes gafas negras, bajó titubeante del automóvil.

Baxter sonrió.

—Salga y empiece a olvidar, señora Brokowski.

Baxter contempló la escena desde la ventana. El cabello al aire, los velos flotando al impulso de su frenética carrera, Helga cayó en brazos de su esposo, mientras Erin, ligeramente apartada, tomaba fotografías del encuentro.

Más tarde, Baxter se reunió con la periodista y le contó lo ocurrido. En un rincón, sentados, Helga y su esposo estaban con las manos juntas, disfrutando de nuevo de la felicidad que les había sido arrebatada durante tres años.

—Eres un verdadero demonio, Erin —dijo Baxter—. ¿Cómo se te ocurrió la idea.. ? Creía que esperarías en Torresola.

—Brokowski se sentía impaciente y yo no vi motivos para negarme a sus peticiones —contestó Erin—. Además, no olvides mi profesión.

—Sí, lo tengo bien presente. Saldrá un reportaje sensacional, supongo.

—Hay materia casi para un libro. Veremos lo que hago a mi regreso. —La periodista miró hacia el exterior—. Un sitio maravilloso, ¿no crees? Tiene el nombre muy apropiado..., pero nosotros no podemos quedarnos aquí ya mucho tiempo, *Budd.*

—Habrá que esperar a que la Policía nos dé permiso para marcharnos. De todos modos, tampoco tenemos mucha prisa, creo.

—No, ninguna. —Erin le cogió una mano—. ¿Por qué no vamos a pasear un poco, *Budd?*

—Claro, preciosa.

Mientras caminaban bajo la bóveda formada por el ramaje de los secoyas, ella le hizo una pregunta.

—No sé —contestó Baxter—. Tal vez Sue Dittman encontró alguna pista antes de que llegase el asesino. O quizá dedujo quién era el hombre que había contratado los servicios de la agencia para espiar el despacho de Ephstone. Si fue así, tuvo que conocerlo y, seguramente también, habría oído hablar de la residencia que Conover tenía en la región de los secoyas. Es la única explicación que se me ocurre, Erin.

—¿Y Harris? Tocaba el piano...

—Bastante mal, todo hay que decirlo. Pero quizá por eso mismo lo contrató Conover. No olvides que, para un desconocedor del asunto, Harris, en ocasiones, se hacía pasar por Brokowski.

—Es cierto —convino Erin, recordando su llegada a Torresola—. Pero tú descubriste muy pronto la superchería.

—¡Oh, no tuvo importancia! Más que ejecutar, Harris estaba *asesinando* la melodía. Cualquiera que hubiese escuchado a Brokowski unas cuantas veces, lo habría adivinado en el acto.

Erin rió de buena gana. De pronto, echó a correr por el bosque.

—¡Sígueme, *Budd;* a ver si me alcanzas! —le desafió.

Pero Baxter no aceptó el reto. Correr detrás de Erin podía acarrearle ciertas complicaciones, que no quería aceptar por ningún motivo.

Estaba muy bien libre. Tal vez una esposa le ataría, impidiéndole intervenir en casos que necesitaban de una solución justa. Dejó que Erin siguiese corriendo. Ella sabría darse cuenta de la respuesta silenciosa que daba a su desafío.

* * *

Un año más tarde, una afamada orquesta sinfónica, estrenó la nueva composición de Brokowski, la denominada por el autor, *Sinfonía del Encuentro, Opus n°. 32,* y que obtuvo un gran éxito de crítica y de público.

Baxter asistió al estreno en una butaca, cuyo billete había sido enviado por el propio Brokowski. La butaca contigua estaba vacía y no lo lamentó, porque era la destinada a Erin Caldwell y la periodista se hallaba en aquel momento en el extranjero, en busca de nuevos reportajes para su periódico.

FIN